

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

A L T A Z O R

a.

La locura del otro

Luis Enrique Mármol

República Bolivariana de Venezuela

Monte Ávila



Editores Latinoamericana CA

Edición al cuidado de REYNA RIVAS

1ª edición en Monte Ávila Editores, 2007

IMAGEN DE PORTADA

Reinaldo Acosta V.

COORDINADOR DE LA EDICIÓN

Reinaldo Acosta V.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2007

Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela

Telefax: (58-212) 263.8508

maelca@telcel.net.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° lf50020078001960

ISBN 978-980-01-1509-1

Prólogo

Hablar o escribir sobre Luis Enrique Mármol y su obra poética es para mí una doble consideración, pues todo lo que sé de él, de su persona, de su obra poética, de su familia, de su vida y su muerte lo supe hace mucho tiempo por su madre: doña Rosa Amelia Infante de Mármol.

Muchas veces he dicho y escrito que el primer libro de verdadera poesía que tuve entre mis manos fue La locura del otro, libro único y primigenio en el cual el poeta Mármol reunió sus decires líricos, su obra poética. Entonces yo era aún una niña recién llegada de Coro, mi tierra natal, y así recibí de manos de la señora Mármol ese tesoro, ese florilegio poético el cual, desde el primer instante, me deslumbró y debo decir que ese deslumbramiento sigue con sus fulguraciones y sus iridiscencias hoy y seguirá, estoy segura, hasta el fin de mi errancia.

Libro primigenio y único, repito y subrayo, porque, como sabemos, a Luis Enrique Mármol la vida no le permitió más nada. La muerte lo sorprendió y lo secuestró en su mejor juventud. Había nacido en Caracas el 21 de agosto de 1897, postrimerías del siglo diecinueve y murió en Valencia el 17 de septiembre de 1926, postrimerías de sus mejores veinte años, en plena juventud creadora.

Conocemos otras poesías tuyas publicadas en la prensa local, las cuales fueron recogidas y editadas por Monte Ávila con prólogo de nuestro admirado y buen amigo Rafael

Ángel Insausti, con el nombre de El viento que me nombra. A diferencia de La locura del otro este poemario contiene una serie de poemas pesimistas, trágicos, en los cuales podemos entender mucho de la vida del poeta y mucho de lo que en toda su poesía consideramos una iniciación al autopsicoanálisis y al desdoblamiento de la persona en el «otro», el otro, sí, tan definitivo y fundacional en La locura del otro, valga decir, en la vida y en la poesía de Luis Enrique Mármol. A ese corto itinerario entre la vida y la muerte, llevado paso a paso por un poeta verdadero, se refirió nuestro muy recordado y admirado escritor Antonio Arráiz con un pensamiento condensado en la más honda de las profundidades del ser, así: «Luis Enrique Mármol no tuvo tiempo de desilusionarse». Grande, profunda verdad. De esa ilusión, de esa esplendorosa juventud, de ese poeta doctorado en leyes, de ese hijo único, alma, vida y corazón de una madre amorosa, de ese amigo muy querido y admirado por sus contemporáneos hablaron siempre reverentes sus compañeros de generación, entre los cuales Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Antonio Arráiz, Alberto Arvelo Larriva, Enrique Bernardo Núñez, Raúl Carrasquel y Valverde, Augusto Mijares, Fernando Paz Castillo, Vicente Fuentes, Ramón Díaz Sánchez, José Fabbiani Ruiz por nombrar sólo algunos; compañeros, sí, compañeros de vida y de letras, de poesía y de otros palabreos; compañeros, tantos de ellos ya en la eternidad, en la alta memoria que los ampara y les sigue iluminando el camino allí, entre dos sueños o quizás para mejor decir: allí, entre lo ilusorio y la verdad, en las grutas del tiempo.

Todos pertenecieron a esa prodigiosa generación de 1918 en la cual Mármol irrumpió con su poesía distinta, poesía que le sirvió a su vida, a su ser y a su existencia en un modo vital pero sobreguardado por la razón poética, especialmente en su

libro La locura del otro, poemario introspectivo, manifiesto de su vida toda y de su muerte y de su desesperanza, poesía trágica, no lo dudemos nunca, pero poesía amorosa.

A Luis Enrique Mármol lo reconstruyo imaginariamente, veo su ancha frente, su sereno perfil, sus manos, su grafía, su obra poética, mas, a su madre la reconstruyo de memoria... ella, ya anciana, me llenaba de admiración por el amor que ella sentía por los jóvenes, por la calidez de su voz, inolvidable voz, cuando hablaba del hijo, del poeta, de ese ser humano extraordinario que se llamó y se llamará para siempre Luis Enrique Mármol. La reconstruyo de memoria, allí, en las soledades absolutas donde la memoria suele ser más memoria sin recuerdos ni olvidos. Memorables presencias reemplazadas por el infinito verbal más infinito: el del decir diciendo. Muchas veces, en las horas crepusculares de una Caracas apacible, en la parroquia San José, en una calle nombrada por dos santas: de Santa Rosa a Santa Inés, la señora Mármol me conversaba, nos conversaba, porque debo decir que muchas de esas tardes las disfrutábamos, pues coincidíamos por pura buena suerte Ida Gramcko, José Ramón Medina y yo. Ella nos hablaba del hijo, llenaba de vida el presente, el pasado y el porvenir, llenaba al tiempo de amor, un infinito amor que iluminaba su voz, sus palabras, su silencio y tantas veces sus lágrimas. Una vez, varias veces escribí sobre ella, sobre la señora Mármol y dije: «Ella nos destejía el tiempo». Hoy digo, atravesada mi memoria por la melancolía: «Ella nos deshilaba el tiempo».

Para nosotros, la voz de esa madre amorosa era un descubrimiento siempre. Cuando me entregó el libro de su hijo, esa «locura del otro», me dijo: «Tú que recitas bonito, léeme recitados los versos que tú quieras...». Preparé mis fuerzas espirituales y le declamé los versos... No sé si recité bonito,

seguro que sí, pues supe siempre que aunque los versos de Luis Enrique Mármol no se lean bonitos, serán siempre versos llenos de bien decir, en pensamiento puro.

No olvido lo que le recité a doña Amelia aquella tarde. Sé que abrí el libro donde cayó mi mano y así le leí:

Ay! Yo vine a esta senda con el alma dolida
añorando el olvido y el olvido tardío
con sus brazos de sombras, arrancó de mi vida
algo muy doloroso, pero que era muy mío
y hoy añoro del alma esa parte perdida..

Recuerdo que cuando le recité bonito unos versos de «La canción del vacilante» tuve que beberme mis lágrimas:

¿Recuerdas, madre mía?
Tú mirabas crecer poco a poco mi alma,
y, cómo te asombrabas
de encontrar en mi alma lo que en ella ponías,
lo que en ella ponías de verdad y belleza,
lo que en ella ponías de belleza y de fe!

Yo transcribo aquí un párrafo de lo que escribí y publiqué en 1981:

siempre viva la palabra de Luis Enrique Mármol nos llama a la reflexión, a meditar sobre las hondas y múltiples significaciones que esos modos de decir encierran, sobre todo en él, en Mármol, poeta de esesidad purísima, cultor de la palabra, mago del verso y de lo versificable...

Es de señalar el uso de la rima, de las consonancias y las asonancias en esta poesía. Luis Enrique Mármol usa la rima como canto, como cadencia, quiero decir, como ritmo para marcar la especificidad de la palabra poética, de la razón poética. Poesía coloquial, confidencial, confesional, poesía biográfica esta de Luis Enrique Mármol... sí, esa locura del otro, esa locura del mismo, es un altísimo testimonio biográfico... su ser, sus deseos, sus amores, su pensamiento, sus angustias, sus meditaciones, sus narraciones, sus silencios, su dolor o su alegría quedaron trascendidos en la forma más pura y transparente, en poesía pura, en oraciones e invocaciones de las más altas connotaciones líricas. La luz en la poesía de Luis Enrique Mármol brilla entre fulguraciones entrañadas en la poesía venezolana en una iridiscencia irradiante y conmovedora.

Ese caraqueño de nacimiento, hijo de Luis Mármol, también poeta, y de doña Rosa Amelia Infante, doctor en Leyes, hombre verdadero poseedor de una altísima espiritualidad, dueño y señor de la palabra poética, ser pensante y pensable, juventud estudiosa y afanosa de conocimiento y verdad, venezolano integral, poeta integral, muere cuando la poesía, cuando la vida en pleno hubieran esperado de él más y mejor entrega día a día... esa mejoría que dan la experiencia, la madurez, la sabiduría, y en él especialmente, los frutos y las inflorescencias de su palabra dada, de su verbo encendido, vital siempre, apasionado siempre.

La locura del otro, ¿yuxtaposición, simbiosis del uno y el otro, espejo del poeta, pronombre personal allí, en la mismidad del conmigo o en la otredad del contigo y el consigo? La locura del otro, ¿persona y máscara unificadas?

En esa locura del otro conviven, dialogan el poeta y su «otro». Me asiste en este pensamiento don Miguel de Unamuno, conocedor del «otro» entre las mismidades y las otredades.

En esa locura del otro se abrazan el poeta y su «otro» en un encuentro amoroso y bienaventurado.

A los ochenta años de su muerte y a los ciento seis de su nacimiento, este poeta y su obra creadora están allí creídos y creyentes, en pos de la verdad, de la verdad que la poesía siempre ha alumbrado y buscado, sobre todo en las orillas del tiempo y de la ensoñación más pura. Todo ese poemario es un larga oración viviente y vivida, rezada, eso sí, en soledad purísima.

Oración, invocación, confesión es lo que el poeta dice en «La canción de la nada»:

Yo soy el condenado de las evocaciones...
Placeres, alegrías, miserias, todo vano;
vana toda la vida: ni dichas ni desgracias;
Soy un alma perdida, sin dolor ni entusiasmo!

En el conmovedor poema «El visitante» le canta a su «otro» así:

Yo estaba solitario, sin dichas y sin penas,
cuando ha llegado a verme
mi espíritu de antes...

Aunque no vio publicada «su locura del otro», la tenía ordenada, lista para ir a la imprenta y la había dedicado, según dicen en 1926, año de su muerte, así: «A mi padre, el poeta Luis Mármol, muerto trágicamente en San Fernando de Apure el 16 de febrero de 1914. A mi madre, Rosa Amelia Infante de Mármol, con amor, con devoción, dedico».

Su padre se va para siempre cuando Luis Enrique tiene dieciséis años. Su madre vive con él. Ya ha ido a la escuela

primaria de los padres franceses y luego a la universidad hasta doctorarse en derecho. Su tesis de grado fue elogiada por el jurado y la había titulado «El aporte tercero del artículo sexto del Código Penal». El jurado integrado por los doctores Carlos F. Grisanti, Nicomedes Zuloaga y José Antonio Ramos Sucre aprobó por unanimidad esa tesis doctoral en la UCV. Ejerció la abogacía, el periodismo, las letras, fuese poesía, cuentos, humorismo, ensayos. Conocidos son sus ya legendarios «Pastiches criollos, a la manera de».

Fue un gran humorista, sabía lo saludable del buen humor y de la verdad portadora siempre de optimismo y esperanza en los géneros humorísticos, fuesen literarios, pictóricos, musicales etcétera. Fue un periodista nato, por destino, casi diría yo, por vocación. Colaboró en casi todos los diarios y revistas de su época. Vivía en Valencia y allí murió repentinamente pero, bien sabido es que, meses antes, había sufrido un grave accidente automovilístico. Se sabe también que había estado poco antes de morir en Caracas y trajo con él su último poema, al cual tituló: «El apóstol maldito». Lo había escrito al parecer para el aniversario de la revista Élite.

Mármol usó varios sinónimos en sus escritos (LEM fue uno de ellos).

Sus restos mortales reposan aquí en su ciudad natal, en el Cementerio General del Sur.

A los veinte años de su muerte fue trasladado su cuerpo e inhumado. Más tarde lo acompañaron su madre, su tía Rosario Infante de González, sus primas hermanas González Infante.

Su cuerpo estaba intacto, como si hubiese muerto en ese instante.

La locura del otro fue publicada post mortem gracias a la indeclinable voluntad de sus amigos, especialmente gracias a Raúl Carrasquel y Valverde.

Vuelvo a referirme a las palabras de Antonio Arráiz, palabras de duelo, palabras de pésame para la poesía venezolana:

Amó como alucinado las cosas espléndidas: el triunfo, el heroísmo y la belleza. No tuvo tiempo de desilusionarse. Fue puro y melancólico como una idea que no cuajó. Ya que los ojos no lloran, haga el alma silencio a su memoria.

Y nosotros creemos que mejor perfil, mejor definición para Luis Enrique Mármol sería difícil, por no decir imposible de encontrar.

Este poeta nuestro sigue iluminando con su palabra poética la poesía de muchas generaciones porque lo que irradia en él y en su obra creadora es, fue siempre la palabra, la palabra sola aunada a la razón poética pero sentidas ambas a la par como razón vital.

Luis Enrique Mármol nació y vivió con vocación de ser, por eso su poesía es también razón de ser, entrañada, enraizada. A Luis Enrique Mármol le debemos un homenaje a nivel nacional: su poesía y su memoria merecen ser honradas y colocadas en el sitio que merecen. Porque como he dicho y escrito muchas veces, a la inmortalidad, igual que a los laureles y a las rosas, hay que amarla y cultivarla.

En un poema diálogo, en ese «apóstol maldito» el poeta y los que le siguen y aman su poesía se dicen: «Profeta, dinos tus nuevas formas, danos tus altos sueños... Íbamos desvelados, errantes y pequeños cuando tu voz la nueva pauta, nos sugirió».

Pensativo el poeta detúvose y calló... y entonces se fueron alejando desconsoladamente, volviendo aún el rostro aquellos que esperaban... Y el poeta les dice: «dices que en mi

palabra pauta y aliento hubiste, di qué encontraste, di qué encontraste en ella...»; y le responde uno de ellos: «Profeta, me llenó de chispas el fuego de tu sueño...»; en conmovedor testimonio el poeta les dice: «sencillo corazón candoroso que has encontrado mieles en la voz de mi duelo, una palabra dame a cambio de las mías...». Ese «apóstol maldito» lo fechó pocos días antes de morir.

Las generaciones por venir, los poetas de mañana, hoy en ciernes y en potenciales realidades, seguro que le dirán: «gracias, poeta, por el “otro”; gracias, poeta, por la locura otra; gracias por esa generosa dádiva recibida así, en poesía pura».

REYNA RIVAS
Junio-julio 2006

Almas signadas del divino fuego
que lentamente os extinguís en brasas,
faltas del soplo que debió vestiros
del alado minuto de la llama!

Así cantó Luis Enrique Mármol el sufrimiento de las almas que no obtienen jamás la gloria del sacrificio total y luminoso. Sin embargo él había obtenido un anticipo de tales dones que su obra cercenada bruscamente por la muerte, define, a pesar de ello, una de las personalidades literarias más vigorosas de nuestra lírica.

AUGUSTO MIJARES
(Fragmento de su ensayo
«La poesía de Luis Enrique Mármol»)

*A mi padre, el poeta Luis Mármol,
muerto trágicamente en San Fernando de Apure el 16
de febrero de 1914.*

*A mi madre, Rosa Amelia Infante de Mármol,
con amor, con devoción, dedico.*

L. E. M.

Aquel otro

Aquel otro...

La arquitectura, enantes de luz y de basalto,
de mi alma, se arruina irremisiblemente;
caricatura de algo que bien pudo ser alto
como un ensueño, prodigioso como un poniente!

Me voy tornando cuerdo, razonador, prudente.
Mi voluntad, pretérita. Y mi ideal, ya falto
de juventud, no puede rechazar el asalto
del desaliento turbio y del dolor que siente.

No obstante, Ensueño, vienes, y aún mi vida pueblas:
mas, soy inexpresivo como un lienzo en tinieblas:
soy la fruta sin sol, por la sombra podrida...

Un dolor transparente de mis pupilas rueda,
y esta rutina que pugna por ser, tan sólo queda
de aquel otro que estaba loco como la vida!

1917

Mis emociones

Siempre solo

Siempre solo, callado, en los labios un dejo
de amargura, otras veces una vaga sonrisa,
aqueste ser hurraño aunque en veinte años frisa
tiene ya la perfecta serenidad de un viejo.

Sin embargo es jovial y entusiasta en el fondo,
—sólo que no se da al primero que llega...
Vanas luchas esquivaba, y, en soledad, sosiega
su alma la luz de un sueño resplandeciente y hondo!

Padeció tentaciones tercas: el egoísmo
seducirlo intentara con promesa de goce;
la gloriola un instante le enervó con su arrullo.

Hoy está alerta, firme, seguro de sí mismo
y sin embargo tiembla al más ligero roce.
Vive siempre a mi lado y le llamo mi orgullo!

1920

Palimpsesto

A Ulises Valero

Fue este viejo papiro
resonante poema de esperanza,
lleno de luminosa emoción
de vida perfecta; en el fluir de sus páginas
desaparecía la lógica armazón de las frases:
las palabras eran sensaciones más que palabras!

¡Oh cálida juventud que le diste
el oro esbelto y vivo de tu llama,
la aristocracia de tu ideal,
tu optimismo sin miedo y sin tacha,
Bayardo del «Yo quiero»,
retador del gigante Mañana!

En la olímpica serenidad de sus estrofas
palpitaba un ímpetu de alas;
lo imposible fue siempre un quizá conquistable,
no en vano lo absoluto fue Pegaso para su audacia!

Su héroe inmortal —Juventud, Optimismo— tuvo dos
[antepasados,
la armonía griega y la fortaleza romana!...
El Universo fuera su mundo,
su hora, la Eternidad dominada,

la Acción era el reposar de su vida
y el Ensueño la más alta de sus hazañas!...

Y sin embargo era profundamente humano,
profundamente triste —¡ya he dicho que soñaba!—
su alma era ingenua como una ilusión,
inmensa como una esperanza!
El Dolor, en su acepción más noble,
el Amor, en su expresión más preclara
—oh pálida añoranza de unas manos
de mujer sobre la frente alucinada!—,
el Odio, en su ineludible imposición de deber,
inquietaban de luz y de sombra a su alma!

Le inquietaban de sombra y de luz,
de desaliento nunca, nunca el *cave ne cadas**
su valor abatiera, le salvaba su anhelo
tenaz de la cumbre más alta;
la desesperante conformidad de la llanura
fatigara al conquistador de montañas!...

* * *

Pero vinieron unos monjes negros
—desaliento, dolor de quimera frustrada,
pequeñez, vicios, practicismo,
todo el tesoro de nuestra edad avara—
y paulatina e incansablemente

* Locución latina que significa «cuida de no caer».

borraron la historia del héroe del alma
que perennemente
soñaba en la cumbre más alta!
Y hoy cubren el anciano pergamino,
fechas, datos, frases consagradas
nimiedades, razonamientos,
vulgaridades de filosofía barata...

Tal es la dolorosa historia
del palimpsesto de mi alma!

Fue este viejo papiro
resonante poema de esperanza!

1919

Paseo

A Raúl Carrasqueño †

El amigo cordial me narra historias
de su vida —el cobarde
desmayo de su voluntad de glorias—
bajo el oro inefable de la tarde.
El cielo opalescente
vierte su luz beatífica;
es un ocaso anónimo y doliente,
de esos que hacen, tan hondo, suspirar a las tísicas!

Voy contando los árboles por distraer el alma...
La voz del camarada rompe la grave calma
del paseo:

—Con mi vino sincero de canciones
yo llamé a muchas puertas
que soñé hallar abiertas...
Y los ojos azules se reían
de mi intenso tesoro de emociones,
y sonriendo decían:
—Aquí no es!...
y al lado: —Puede ser... Quizá... Tal vez!
¡Y el corazón doliente se ha desangrado tanto
que ya no tiene sangre sino llanto!

La verdad es absurda con su rostro siniestro...
—no obstante alguien me grita que el porvenir es
[nuestro!

Tengo el hondo consuelo en mi verso romántico
de ensalzar el gemido transformándolo en cántico!
Lejano amor perdido que mis labios añoran!
Soy de mi propia pena mirra y turiferario
y en mis versos altivos los dolores se enfloran
porque yo tengo excelsitudes de visionario
para enjorar mis versos cuando mis versos lloran!

Hay un placer muy íntimo en rimar inquietudes,
las penas dulcificanse en los áureos laúdes,
diré que se hacen bellas:
¡las lágrimas se pueden confundir con estrellas!

Se va borrando el prólogo violeta de la noche.
Nos miran de reojo los que pasan en coche.

—El ideal!... es triste seguir viviendo cuando
impedir no podemos que el ideal se encharque...
Su voz se torna pálida, turbando
el ambiente raquíptico del parque.
Los coches se entrecruzan, bordados de crepúsculos,
y nosotros seguimos gratamente charlando
entre el aroma frágil de los huertos minúsculos...

—¿Fulana?

—Sí...

—¿De veras?

Comentarios banales.

Nos salen al encuentro las ventanas primeras,
y tras la herrumbre de los balaustres
hay carnes imposibles con olor de quimeras!

El compañero ha puesto su consuelo en mi herida;
abrió un nuevo botón en mi alma dolorida...

—Bueno, esta noche, chico, a casa veinte...

Él estrecha mi mano;

y mientras que se aleja, mentalmente:

—Dios te bendiga, hermano!

1915

Es el siglo

A Julio Rosales

Es el siglo doliente y sórdido
de los grandes proyectos tardíos,
es la Edad de los Remordimientos,
El Imperio del —Quién lo hubiera sabido!
Mucho vigor estéril, mucho esfuerzo frustrado,
son el sólo legado de pretéritos siglos...
¡qué muchos de nosotros, ya cansados, vayamos
irremediabilmente hacia el hastío!

¿Qué nos queda de la Belleza,
de la Fuerza, de la Verdad, qué nos queda, Dios mío?
Vida ¡Milton certero! que incubas en tus sombras
el dolor del Paraíso Perdido!

¿Qué nos queda de la Belleza?... La mujer,
semilla de eternidad!... Ah! Dios mío...

* * *

Y de la Fuerza? No hablo de su caricatura,
del esfuerzo, imperfecto, casi siempre baldío.
¡Oh instintiva armonía desordenada que llenabas
el sagrado horror de los bosques primitivos,

te proscribió por siempre la fiebre miserable
del urbano hormigueo convulsivo!

Ah! pero en cambio vamos firmes hacia la cumbre
de la Verdad. —¿La Verdad, habéis dicho?
¡Verdad, y todo pasa y el más hondo recuerdo
es un plano inclinado hacia el olvido!...

Todo conspira contra los hombres: el deseo,
lo imposible, la desigualdad, el equilibrio,
la amargura, lo frustrado y lo logrado,
ese implacable heraldo del fastidio!

La ignorancia también nos hiere
mas, temed sobre todo ese terrible filtro
desolado, multiplicador de miserias,
—hermanos, sobre todo el Libro!...

Qué mucho que nosotros, ya cansados, vayamos
irremediabilmente hacia el hastío!...

Quién pudiera soñar perennemente, despojarse
de razón, de recuerdo, cual de enojoso vestido!
¡Ah! los hombres sonríen cuando te nombro, Ensueño,
penumbra del infinito!...

Ideal, inútil como una estrella,
preclaro ideal mío!

Canto absurdo

A Camilo Michelena

Todo una loca vibración inmóvil
el colibrí. Una, dos... diez... inmóvil!
Angústame de acción y de reposo
su inquietud en un punto detenida...
Liba en la flor y para sostenerse
vibra, y más vibra, y más; y a cada instante
su loca vibración se multiplica!

Mas, me angustia de acción y de reposo!
Quiero atraparlo, y él, menudo y ágil,
vuela de una a otra flor, y al fin, de súbito,
en línea recta huye hacia el sol, vibrante!

¿Útil, inútil, lírico aquel vuelo,
aquella vibración atormentada?...
Libó en la flor, pero era también lumbre...
Mas, ¿en qué cosas pienso?, esto es absurdo,
qué nimiedad, un pajarillo, un átomo!
¡Qué necesidad! debo estar loco... pero,
¿útil, inútil, lírico su vuelo?

* * *

Un buen burgués, su esposa, su niño;
detiéndose a coger las florecillas.

Lanza una piedra el niño... todos ríen,
¡oh proverbial felicidad sin nubes!

Qué bien están así los tres: su dicha
es egoísta al par que generosa
para los tres... Mas ¿quiénes son? Me llaman...
Si es Pérez, el pintor:

—Oh! tanto tiempo
sin verte ¿qué me cuentas?

—Me he casado:
mi señora, el muchacho... Luis Enrique
Mármol, de quien te hablara algunas veces,
mi antiguo camarada...

Ella sonrío,
y es triste su sonrisa!... Apenas hablan;
monosilabeantes me contestan...
Qué cansancio en sus rostros, en sus bocas
qué laxitud!... El niño hace mohines.
Quieren reír, pero ha sonado a hueco
su risa, y en los ojos de mi amigo
descubro que me envidia. ¡A mí, me envidia!

Otro grupo ha llegado a la plazuela:
un buen burgués, su esposa, su niñoito...
¡oh proverbial felicidad sin nubes!

* * *

De joviales muchachas se ha poblado
el parque atardecido... deliciosas!
Ellos también, sonoros de entusiasmo
con el aroma de la carne joven...

Qué cálida promesa alucinante,
qué líricos minutos de quimeras!
Mas su charla, qué frívola y qué torpe!
Parece que no sienten la exquisita
seducción del instante. Bulliciosa
frialdad, estudiadas actitudes...
¡Pero están bien, son gente distinguida!
Ellas, ellos, igual!... Señor, qué asco!
no tiemblan de inquietud, nada desean!

* * *

Ah! comentan el libro de mi amigo!
y escucho sus palabras largo rato:
glosan sus expresiones, las repiten,
exégesis total; pero en sus bocas
qué vacío el gran libro de mi amigo!
Mas, han sentado cátedra: suspensos,
boquiabiertos escúchanlos en corro,
viejos, mozos de estrecha frente lisa!...

¡Oh gloria apetecida! En la taberna,
ante un atento grupo, cuatro imbéciles
desmenuzan el libro de mi amigo!

* * *

Alma mía sin fe, desorientada
en la vacía mezquindad ambiente:
están cerrados todos los caminos!

Pero quiero vivir, gozarlo todo,
lograrlo todo y que lo pierda todo!
Los besos, y las ansias y los sueños
y la vida, divinamente inútil,
pero divinamente atormentada!

El colibrí! qué lírico su vuelo:
todo una loca vibración inmóvil!

1921

La belleza

A Pedro Sotillo

Alguien hablara un día d'Ella... y estremecido,
como bajo el presagio de una revelación,
yo escuchaba la pálida voz del desconocido,
y era la voz tan pronto queja como canción!

Y desde aquel momento mi vida fue un perenne
errar, un incansable desorientado errar!
Y en la tarde suntuosa, y en la noche solemne,
y en la mañana simple no dejé de buscar!

La buscaba sin tregua y a todos preguntaba
por Ella, pero nadie la conoció jamás!
Mas, sabía su nombre —¿bien poco?— Me bastaba:
tenía un par de alas mi corazón tenaz!

Conocía su nombre... la buscaba anhelante!...
Fue en el minuto enorme de una noche inquietante
cuando mi vista ávida violó su soledad:
la tragedia angustiaba sus ojos tenebrosos,
mas su rostro, sus líneas, sus gestos armoniosos,
vertían el milagro de la serenidad!

Ah! no la viera nunca mi anhelo deslumbrado
que hoy cuando ansioso trato de evocar la radiosa
visión que en lo más hondo del alma reverencio,
no puedo recordarla, sus formas se han borrado...
pero surgen del fondo de mi angustia espantosa
sus ojos desolados, terribles de silencio!

1920

Viejo rosal

La tristeza se enrosca como una yedra en torno
de sus ramas cansadas y sus hojas marchitas;
enantes su alma fuera fragancia de las citas
de amor, en bravas tardes henchidas de bochorno.

Y hoy es sombrío; acaso de sus tiempos mejores
sentirá la nostalgia: un anhelo de flores
se abrirá en su inconsciencia, angustiando su vida!...

—Doloroso rosal, hermano mío, espera,
que pronto con su savia pondrá la primavera
en tu verde más triste la rosa más sentida!

1918

Paisajes

I

En la opulencia frágil de tus luces bermejas,
¡oh crepúsculo! avivas no sé qué ensueños tristes
que pasas como un velo sobre las cosas viejas
y lo que aún es joven de viejo lo revistes.

Los montes sus perfiles suavizan y hacen vagos,
cual lejanos recuerdos trazados en el aire;
los cielos tienen vasta serenidad de lagos,
y allá, vestidos claros pasean su donaire.

La noche ha dilüido el crepúsculo. Lejos,
sobre la sierra, aún lucen suaves tonos bermejos;
la sombra se recoge, espesa, sobre el llano,

fileteada de puntos claros como alegrías;
una orquesta de ranas croa sus melodías,
y la luna se arrastra, blanca, sobre el pantano...

II

Viejos parques anémicos, mohosos, carcomidos,
donde tuércese el viento, silbando entre los robles,
tus viejos robles, dolorosos como gemidos,
retorcidos cual fósiles esqueletos inmables!

Yo busco tus senderos que mueren entre zarzas,
huérfanos de paseantes, ahogados por el tedio,
y tus frondas, serenas, como vuelos de garzas,
y tu sombra apacible, de mis males remedio.

Y en estas dulces tardes de los grises neuróticos,
paseo mis nostalgias como una carga muerta
por entre tus rosales resecos, hoy espinos.

Los montes a lo lejos tienen tintes exóticos
velados por la bruma, amarillosa, incierta,
y el sol hastiado se cuelga de un alto pino.

III

El sol tenía anemia, como la luna, pálido,
la tarde se tendía sobre la abrupta sierra;
un pino impresionista, puntiagudo e inválido,
temblaba bajo el frío que plateaba la tierra.

Las nieblas inconsútiles cegaban la laguna;
me apareciste ¡oh blanco fantasma que me asedia!
Helena... Ofelia... Safo... tus ojos eran una
cisterna oscura donde durmiese la tragedia!

Los últimos fulgores del sol se derramaban
sobre las ramazones de los árboles mondos
de verdor, y en la angustia de las praderas yermas

gonzalitos nostálgicos sus llantos desgranaban...
y en tus ojos arcanos, como cisternas, hondos,
se abrevaban de luces las estrellas enfermas!...

1914

Hoy tengo un ansia...

A Enrique Planchart.

Hoy tengo una ansia enorme de cantar, sueño mío!
Y mi canto se pierde como el cristal de un río
subterráneo... La curva suavidad de los cielos
es pantalla de seda a mis líricos vuelos;
y no puedo decir nada nuevo a esta calma
a pesar de sentirla diluida en mi alma!
Como a Icaro me llena un afán de infinito,
y como Icaro muero, víctima de mis ansias,
y mi emoción tradúcese en un supremo grito
que alarga sus angustias, desgarrando distancias...

Los bosques penumbrosos no me sugieren nada
nuevo, y me han invadido dolorosas angustias:
mi alma es como una casa hoscamente cerrada
y ya no da perfume, como las rosas mustias!

Ay, Dios mío! Esta savia que corre por mis venas
ahoga mi silencio en turbulencia amarga;
si yo pudiera darla en estrofas serenas...
¡este canto imposible pesa como una carga!

1916

El visitante

A Armando Fernández

Yo estaba solitario, sin dichas y sin penas,
cuando ha llegado a verme mi espíritu de antes.
Él es el mismo siempre; ha estrechado mis manos
y —¡qué cambiado te hallo!— ha dicho al saludarme.

Después hizo recuerdo de todas nuestras cosas:
la emoción entornaba sus ojos añorantes;
yo ocultaba el bostezo; él hablaba sin tregua,
con pasión... Mi fastidio era más y más grande!

¡Oh ingenuo y pobre espíritu, noble e impertinente!
ni siquiera una frase que logre interesarme
—pensaba... y al fin dióse cuenta de mi mutismo
que hacía esfuerzos vanos, monosilabeante.

Sintió de pronto toda nuestra desemejanza
y una palidez triste recorrió su semblante;
se levantó inseguro y me tendió la mano
con un amargo rictus de adiós irrevocable!

Y se alejó con lento paso silencioso
—pálido, austero, mudo, noble e impenetrable—
Y quedé solitario con mi tedio... Ya nunca
volverá a visitarme mi espíritu de antes.

1920

Iluso ayer

Iluso ayer, yo dije de la vida y su encanto;
la vida, ayer engaño, hoy penoso deber.
Ya no me queda nada y por lo tanto
no tengo nada que temer!
Vida, dame la estúpida serenidad de un santo
o vuélveme mis locas inquietudes de ayer!

Y la Verdad, glotona de sueños insaciable:
—Pobre espíritu enjuto, pobre carne maleable,
alucinada de amor y de luz,
encontrarás el tedio en todo lo invariable,
el dolor del anhelo en lo inestable,
¡y hasta después de muerto soportarás tu cruz!

1919

Canto de exaltación

A Juan Domingo Pérez

Hombre risueño o triste, o sereno, triunfante
o desilusionado, eres mi semejante!
Tú, que sufres profunda pena ¿quizá creíste
que tu pena es la pena más intensa que existe?
Tú, a quien extraño júbilo maravilloso exalta
¿pensaste que tu dicha es la dicha más alta?
Tú, lleno de premiosas inquietudes, que vas
en línea recta, ¿ignoras que nunca llegarás?
Tú, que en reposo sueñas y sueñas, noche y día
¿juzgaste que eras dueño de la sabiduría?
Triunfador imperioso, soberbio de desdenes
¿en dónde está la realidad de lo que tienes?
Vencido al que la vida fue terrible madrastra,
piensas estar inmóvil... y la vida te arrastra!
Hermanos míos, llenos de fe, de pesimismo,
de júbilo o de pena, que sois como yo mismo;
yo que he sido, que soy y seré cual vosotros,
yo, que como en los sueños, soy yo y soy también otros;
yo que como en los sueños soy uno y multiforme,
el que ama y el que odia, minúsculo y enorme!
os ofrendo este largo grito de exaltación
—en él puse... o creí poner mi corazón!

* * *

En él amo la pena, porque sé que la pena
más torva, si es sincera es fecunda y es buena;
en él amo el placer sin pudor timorato,
y el ensueño impasible, y el violento arrebató,
y el bien y el mal y el tedio y las exaltaciones!...
¿quién dirá si el mar ruge sollozos o canciones?

* * *

A ratos estoy triste, siniestramente triste!
Un halo gris las formas y las ideas viste,
y un cansancio impreciso me invade, sordo y blando:
es el dolor de todo lo que vamos dejando;
el hastío de lo que vamos poseyendo;
la nostalgia de cuanto se ha ido destruyendo;
el anhelo obsediante de lo que no alcanzamos
nunca... el remordimiento de lo que desdeñamos...
Los ojos de una bella mujer desconocida
que nunca más encontraremos en la vida!
El ocaso que sobre la ciudad apiñada
se inviste de una gracia dulce y desesperada!
Las hojas mustias del rosál amarillento,
triste ronda en el ala fatigada del viento!
La angustia indesechable de la novia lejána
—¿qué desengaño nuevo nos guardará el mañana?—
Y por la dulce Patria este dolor de amor
cuya inmensidad íntima cabe en cada dolor!
Así, de modo alterno, enfloran mi tristeza
el ideal preclaro como la futiléza,
los desalados sueños como las bajas ansias
—¡yo no soy más que un lírico soplo de resonancias!

* * *

Ah! y otras veces siento un júbilo radiante,
y es surtidor sonoro mi alma burbujeante,
y es un deslumbramiento de mis cinco sentidos!
¡Oh sueño! ¡Oh dicha! ¡Oh luz! ¡Oh anhelos
[encendidos!

Esperanza suprema que en mi vida apareces
y en silencio transportes inefables me ofreces!
Absurda, intensa, inmensa emoción de sentir
este alborozo que no puedo traducir!
Ah! cuántas emociones distintas, todas mías,
Vida que me vas dando todo cuanto tenías!
La perfecta armonía de la carne fragante,
retorcida delicia en el ávido instante!

El ocaso que sobre la ciudad afanada
pone su exaltación en una llamarada!
Las hojas secas del rosal amarillento
vivas de la divina vida que les da el viento!
Las manos de la amada —¡suavidad de palomas!
—plenitud temerosa que a sus ojos asomas!
Amor que te me das todo en una mirada
sola, sin darme nada, ¡oh mía e intocada!
Y esta emoción de Patria, donde apunta, seguro
y ansioso, el gesto del sacrificio futuro!
Así, de modo vario, encienden la alegría
los sueños y las cosas dentro del alma mía,
lo irreal y lo cierto, lo simple y lo grandioso
¡Rosa abierta a las brisas bajo el cielo glorioso!

* * *

A veces sin saber por qué, sin meditar
qué busco y qué hallaré, me abandono al mandato
imperioso y viril de luchar y luchar...
Mil sombras acechantes se alzan en los caminos,
no sé si son gigantes, no sé si son molinos,
pero lleno de ciego entusiasmo, me bato
contra las gigantescas sombras en los caminos!

Otros ratos serena mi alma contradictoria
la generosidad infinita del sueño,
claro refugio contra la vida proditoria
que de asechanzas torvas eriza los destinos...
¡Oh espléndida verdad de mirajes divinos!
refugiado en mi ensueño, de mis sueños soy dueño,
¡que importan las traiciones que erizan los caminos!

* * *

Hombre triste o risueño, o sereno, triunfante
o desilusionado, eres mi semejante!
El triunfo o la derrota son fases de ti mismo,
son límites internos la cumbre y el abismo;
fanático o escéptico, nefelibata o
profesor de energía, lo real es tu «yo»!
Tu «yo», que se desborda en odio o en ternura,
que al través de los cambios en su unidad perdura,
en su unidad compleja, hecha de gozo y llanto,
clara llama en el júbilo, ceniza en el quebranto!

Y así te dé el pasado su adorable amargura,
y el presente te dé su intensidad vivaz,
y el porvenir su enorme augurio de ideales...
Si eres dueño de tu alma, ella es guía segura.
¿A qué indagar de dónde vienes y a dónde vas?...
¡Mientras vivimos somos inmortales!

1923

Ah, qué poco me queda!

A Ramón Hurtado

Ah! qué poco me queda; ya no me queda nada
de mi antigua tristeza florida de armonía,
de mi antigua armonía dulcemente aureolada
de quimera, de amor, y de melancolía!
¡Ah! qué poco me queda... ya no me queda nada!

Ha tiempo que no asciende mi voluntad mezquina
hasta Dios en la llama pálida de un lamento...
ha tiempo que a los astros no alzo mi pensamiento,
ni mi estrella —¡la lágrima!— el alma me ilumina
con su divina mezcla cristalina
de realidad y sentimiento!

Toda mi vida es sólo una costumbre; sobre
su deslizarse, nada ¡ni la emoción más pobre!
Siquier tuviera el fuego de mi dolor triunfante!
Estos días de estériles palideces gemelas,
como una lluvia déjanme la impresión desolante
de sus monotonías paralelas!

Y así el huerto, sin riego de dolor, no da rosas,
como no engrenda estrellas la nada del abismo;
lo que llamamos alma no está en nosotros mismos:
somos la lente sólo: el alma está en las cosas!

1919

La canción de la nada

A Fernando Paz Castillo

Yo soy el condenado de las evocaciones...
Placeres, alegrías, miserias, todo vano;
vana toda la vida: ni dichas ni desgracias;
soy un alma perdida, sin dolor ni entusiasmo!

Lo visto no me mueve; palpo y no siento nada;
escucho y sólo ruidos percibo. El cotidiano
subsistir —¿malo, bueno?— me deja indiferente,
como si mis sentidos se hubieran apagado.

Y ni siquiera sufro... Y ni siquiera vivo!
Paradójicamente indiferente y ávido,
marcho por todas partes, y si oigo que alguien dice
de algún motivo: «Es bello»... Deténgome a mirarlo,
pero implacablemente banal lo encuentro y sórdido,
ya se trate de un gesto, de un objeto o de un campo.

No hallara nunca nada armonioso: he encontrado
que todo es ordenado, o bien, desordenado,
simplemente. Deseo y no deseo; persigo
sin tortura, sin fe, sin luz, sin entusiasmo!

Ah!, pero sé que existen lo bello y lo armonioso,
que hay inmensos ideales y terribles dolores,
—me lo han dicho los libros y mis antiguos sueños,
ellos que me llenaron de promesas enormes!
Pero como la vida nada de eso me ofrece,
soy sólo el condenado de las evocaciones!

1921

Canto del desencanto

A Raúl Carrasquel y Valverde

Ha tiempo que hizo presa en mí lo ineludible...
Otrora fuera mi alma recia fecundidad,
impulso y vibración creadora... Hoy un terrible
tedio, un marasmo estéril, suspéndese invencible
sobre mi vida absurda, gris, sin finalidad!

Con mi sed de improviso presentí el mundo exiguo;
palpita en mi ser todo el vigor antiguo;
dije: —Ornaré mis sienes olímpica guirnalda.
Si me es hostil la vida, la domaré, violento!...
Mi alma fue un haz de impulsos de combatir... y siento
desde entonces el dolor de una herida en la espalda!

Vulgares contratiempos, obstáculos pigmeos,
mil dolores triviales, mil mezquinos deseos
—indolencia, fastidio, vicio, impureza—, oscuros
buitres, me devoraron mis Sueños-Prometeos,
de entrañas palpitantes de milagros futuros!

Cavilante fulgor de mis tinieblas brota
—noble palidez pobre cual de estrella remota,
—sonda de luz que indaga la hondura del abismo...
Es así como siento entre la sombra ignota
tu trémula presencia, oh! jirón de idealismo
que ondeas, triste, sobre mi entusiasmo en derrota!

1919

Fatum

A Arminio Borjas, hijo

Atado en la galera morisca, aquel forzado
que en Flandes y en las Indias probó su bizarría,
sueña, al compás del remo, la mirada sombría,
en los alucinados anhelos del pasado.

En las amantes citas bajo el balcón ferrado;
en el erguido orgullo que en su denuedo había;
en los asaltos, donde la muerte le seguía,
esclava de su ínclito acero ensangrentado.

Sueños de Amor y Gloria... Brusca, la voz de mando
del arráez destroza su realidad de ensueño,
porque en Oriente apunta gris velamen latino...

Así en mi vida esclava: si el alma está soñando,
condénala a alejarse a remo, de su sueño,
la voz del implacable arráez del destino!

1923

La canción del desilusionado

A Pedro Erminy Luigi

Mi orgullo, mi ambición Malditos sean!
Ved: todo inútil, inútil, inútil!
Cuánto menos penoso fuera hundirse,
hundirse siempre en el más bajo abismo,
en la más negra, en la más honda sima!
Cuánto más dulce me sería hundirme
que este perenne aletear en vano
que este angustioso aletear sin tregua
eternizando la fatal caída!

Inútil inquietud de mi impotencia,
histérico delirio de mis alas
que vas eternizando mi descenso!

Miro al pasar en mi caída lenta,
en mi caída, inmensamente lenta,
las apariencias de mil bellas cosas
—atroz suplicio en mi fatal descenso!
Las apariencias de mil cosas bellas:
sueños, y ojos de mujer, y claros
goces, que van quedando más arriba...
Glorias y Amor y Anhelos e Idealismos
—perfectos dones en concretas formas—

Sueños... y ojos de mujer... y claros
goces que van quedando más arriba,
miro al pasar en mi caída lenta!

Cómo se agrava mi dolor en este
fatal descenso, inmensamente tardo,
frente a las cosas que ya sé imposibles!
Inútil inquietud de mi impotencia
que vas eternizando mi descenso,
cese el delirio de tus alas torpes,
y en el vertiginoso despeñarse,
desorbitados de terror mis ojos,
sólo verán un vasto plano informe
—las apariencias de las cosas bellas—
en el horror de la caída brusca!

1922

Canto de ingenuidad

A J.F. Hurtado-Paredes

I

Infancia, azules horas, inquietudes de escuela,
compañeros cordiales, cuenticos de Calleja;
la austeridad dogmática del profesor; escapes
para ver el mar que se tragaba la tarde;
y por las noches, llenas de besos y caricias,
soñar con diablos rojos y con hadas floridas!

Más tarde, caballero bizarro de leyenda,
Con gestos de novela y alma de novela
—Don Álvaro en mantillas, don Ginés a horcajadas
sobre el corcel de palo, en la diestra la espada!

Y luego en vuelos fáciles hacia tierras remotas,
siempre el lírico anhelo de la hazaña gloriosa
—oprimidos de angustia, deslumbrados de ansias,
Maciejowice... Kosciusko...; qué vehemente es la
[infancia!—

soñar en libertar a Polonia:

—Fernando,
tú serás general... Luis, Mariscal de campo;
tú, Alberto, abanderado...

—¿Abanderado?... eso
serás tú. Yo seré el general primero...

—Que no...

—Que sí...

Una riña, y siempre, rojo a golpes,
salía llorando uno de los libertadores!

II

Y así la vida toda, llena de perspectivas
renovadas sin tregua, con enorme fe lírica
en la bondad, en la ternura, en la belleza!...
Y aquel inmenso sueño de la novia primera;
y aquellas timideces, y aquellos entusiasmos,
¡oh la novia más honda, con la que nunca hablamos!

¡Ah mi loca confianza en el bien de la vida,
el balbuceo alado de las primeras rimas,
cuando el ideal, las flores, la novia y los crepúsculos
eran para mi alma la realidad del mundo!
Y aquel desdén, magnífico de fatuidad, por todo
lo demás de la vida —práctico, sucio y sórdido!

III

Y cuando nuestros ojos se abrieron y miraron
la vida tal cual era, todavía soñamos...
Y cuando los dolores, los engaños, hicieron
presa en nuestros espíritus ilusorios y tiernos,

todavía soñamos... y sin odio y sin quejas,
¡oh Cristo! proclamamos lo noble de las penas,
y sentimos ¡oh Cristo! compasión infinita
por el verdugo... cuánto mejor era ser víctima!

(Ah! fue cuando mi ingenuo sentimiento mancharan
con mis heridas y las heridas de otro,
y un entreabierto lirio que llevaba en el alma
no se mustió del golpe, pero tornóse rojo!)

IV

Y han pasado los años... y han pasado los sueños,
y la Vida ¡la vil! sólo se rinde a golpes...
y el alma que ha perdido su quijotismo impávido,
en el estremecido reposo del acecho
sólo el momento espera para el zarpazo enorme...
y ojalá la sorpresa la muerte antes de darlo!

1922

Canto al fuego

Almas signadas del divino fuego
que lentamente os extinguís en brasas,
faltas del soplo que debió vestiros
del alado minuto de la llama!

I

Alma inmortal del fuego, mi designio te invoca!

Fuego, imprevisto fuego que asombraste al ancestro,
que brotaste de su ira por la presa frustrada
cuando al romper su lanza pétrea contra la roca,
en el bosque inhollado, temeroso y siniestro,
creara la primera llamarada!

Antorcha justiciera que Dios blandió en su mano
contra Sodoma, contra Gomorra, en otros días;
alas en el celeste carro que guiara Elías
y para Daniel, lengua con que falló el arcano!

Olímpico fulgor que robó Prometeo;
cólera en la hecatombe, alma en los holocaustos;
cómplice alado de la saña del aqueo
contra Troya, elegida de los hados infaustos!

Himno que Roma alzara en cien mil lenguas de oro;
itálico lirismo exaltado y sonoro
que dio belleza trágica a Cartago senil...

Canto tu denodada fuerza enorme,
¡oh fuego siempre igual y siempre multiforme,
noble fuego lejano, gigantesco y viril!

II

No canto el fuego débil y mezquino
que ha olvidado el preclaro sello de su destino;

no el estúpido fuego de las inquisiciones,
tiranuelo de ideas, velos y corazones;

no el fuego de las fraguas, ni el fuego del trabajo,
ni el fuego del hogar, domesticado y bajo;

no el fuego de las naves que las velas truncara.
¡las grandes velas blancas osadamente abiertas!;
que las soberbias velas de púrpura arriara,
¡oh audaces velas, hoy inútiles y yertas!

No el fuego cotidiano
que igual fabrica bombas bruscas, que cuece arenques,
que lo mismo es impulso de usina, que villano
calentador de miembros torcidos y enclenques!

—Oh fuego democrático y sin discernimiento,
útil, pasivo, imbécil, opaco y macilento!

¡Oh el ordenado fuego, sórdido y persistente
del hoy inútilmente,
antiestéticamente
heroico —heroísmo de solidaridad!
—oh idealismo económico de rebaños hambrientos!
Salchicheros, políticos y Panzas descontentos
se batieron a muerte por la felicidad,
por la felicidad!

III

¿Dónde tu antigua fuerza denodada y enorme,
noble fuego, igual siempre y siempre multiforme,
alma del holocausto, sangre del sacrificio,
espíritu supremo del lirismo pagano,
magnífico y siniestro con el Moloch fenicio,
perenne, sacro y límpido en el hogar romano!
¿Dónde tu antigua fuerza denodada y enorme,
noble fuego, igual siempre y siempre multiforme!

Qué lejos de nosotros y cómo nos asusta
la sola evocación de tu visión augusta,
a nosotros, avaros de virtudes sin cuento:
gazmoñería, ley, pudor, puritanismo...
—¡veinte siglos eternos de feo cristianismo,
de moral, de abstenciones y de constreñimiento!
A nosotros, los héroes de los sueños minúsculos,
del esfuerzo más leve, del tonto sacrificio;
a nosotros, que a diario hacemos ejercicio
para asombrar mujeres con nuestros fuertes músculos!

A nosotros, que a cada momento murmuramos:
—el derecho, el deber... el deber, la justicia!,
y hundidos en aquesta perezosa estulticia,
a no hacer nada al Derecho condenamos,
y reducimos el Deber a no hacer nada,
y reducimos la Justicia a no hacer nada!

¿Dónde aquella valiente, visionaria,
recia virtud: —Derecho! Aquello que emprendimos!
¿Dónde aquella cordial decisión arbitraria:
—Deber! lo que sentimos!
Y aquella realidad triunfal a la que dábamos
nuestra sangre: —Justicia! todo cuanto soñábamos!

IV

Hoy nuestra sangre, ¿estamos seguros de tenerla?
hoy nuestra sangre corre interior y callada;
esencia descompuesta de fuerza disipada,
el ideal perdió la virtud de encenderla!

Hasta ayer realizaba gestas con su denuedo,
y la dimos, inútil o útilmente, sin miedo,
con fe, con pasión, con ardor!
Hoy de su oscuro hermano triunfa el imperio oscuro,
de su hermano bastardo, proditorio e impuro:
ha sustituido a nuestra sangre nuestro sudor!

Fuego de las creaciones y de las destrucciones,
lírico apasionado de las renovaciones,

que a Cortés inspiraste la denodada y fuerte
virtud conquistadora que vio en la llamarada
postrera de su armada, ganada la partida
de gloria que su esfuerzo jugó contra la muerte!

V

¡Oh si incendiar pudiese la selva americana!
Si en lanzarme a las claras llamas fuese el primero;
si no me detuvieran los pueriles temores,
cómo crepitaría el oro del renuevo,
el oro portentoso de la creación futura,
el oro portentoso del mundo hijo del fuego!

¡Ah! cómo se alzaría
—¡miseros aferrados al despiadado hueso
pelado de la vida miserable!—
un lívido clamor de gritos lastimeros...
iba a deciros una tempestad de lamentos...
¡si siquiera fuese una tempestad de lamentos!

VI

Dadme vuestra entereza
para la vasta empresa,
¡oh Sandro Boticelli
que viste cómo el fuego devoró la Belleza!
¡oh Jorge Brummell,
que viste cómo el fuego consumiera el Amor!

No flaqueó tu designio ¡oh Sandro,
y al fuego diste toda la Belleza, tu Belleza!
No flaqueó tu designio, ¡oh Brummell,
y al fuego diste todo el Amor, tu Amor!

Y mi inquietud ¿qué espera?
¡Oh corazón impuro,
corazón vacilante, lleno de concesiones,
de sordas y pequeñas concesiones;
lleno de amor pequeño,
apresurado de inquietud pequeña,
de ritmo nimio de ambición pequeña!

Y mi inquietud ¿qué espera?
Corazón impotente de este siglo impotente
que a lanzar no te atreves lo que queda en mi espíritu
sobre la retorcida avidez de la llama,
lo que queda en mi espíritu temeroso, lo Inútil!

¡Date todo en un gesto, corazón pusilánime!
¡Ah! si incendiar las selvas de América pudiera!

1924

La canción del vacilante

A Héctor Cuenca

Yo he sido, madre mía, madre mía...
Por encima de todos, mis culpas me baldonan:
yo, nadie sino yo, es el solo culpable!

Oh madre mía dulce, simple y desprevenida!,
¿te acuerdas?

Tú moldeabas, sin darte cuenta de ello,
en la gracia del niño la apostura del hombre!
Tú me lo diste todo para que fuera fuerte,
tú me lo diste todo para que fuera puro,
por que lo fuera todo, tú me lo diste todo!

Tus dedos en mis bucles,
con qué simplicidad, madre mía, me diste
la fuerza candorosa que anima la leyenda,
y, cómo sonreías del estupor feliz
de mis ingenuos ojos exaltados!

¿Recuerdas, madre mía?
Tú mirabas crecer poco a poco mi alma,
y, cómo te asombrabas
de encontrar en mi alma lo que en ella ponías,
lo que en ella ponías de verdad y belleza,
lo que en ella ponías de belleza y de fe!

¿Te acuerdas, madre mía?
Apoyada en mi brazo
que tú sentías fuerte para abarcar el mundo;
tu corazón junto a mi corazón,
que tú sentías bueno para salvar el mundo,
ah!, cómo me mirabas,
temblorosa y gozosa de generoso miedo,
anticipada angustia de la primera salida!

Tú me lo diste todo para que fuera fuerte,
tú me lo diste todo para que fuera puro,
por que lo fuera todo tú me lo diste todo,
¿te acuerdas madre mía?

Y he mirado doncellas ultrajadas,
y he presenciado crímenes,
y he visto cómo el fuerte despojara a los débiles;
y he mirado las zarpas espantosas
hundirse en blancas carnes indefensas,
y me he quedado inmóvil,
y sofoqué, cobarde, los ímpetus viriles,
lo que tú cultivaste, madre mía!
y mi más noble gesto fue el de volver el rostro!

Pero tú, madre mía, tú no has sabido verlo;
yo he matado lo noble que pusiste en mi alma:
yo he sido, madre mía, madre mía,
yo, nadie sino yo es el solo culpable!...

Mas tú no sabes verlo,
y aún me sientes fuerte para abarcar el mundo,
y aún me sientes bueno para salvar el mundo,
temblorosa y gozosa de generoso miedo!

1924

Mis amores

A la que ha de venir

Tengo un molde purísimo para vaciar mi vida
¡Benvenuto Cellini envidiará mi fama!
Pero la gloria espera aún vuestra venida;
sin vos yo nada puedo, pálida Presentida:
mi alma será el preclaro metal y vos la llama!

1919

La canción rendida

Bajo el fulgor de la tarde radiante,
huyendo el miasma de vidas vacías,
mi alma—donde quimera gigante
ansia de vuelos enormes refrena—
en vano busca y no encuentra armonías
para el elogio de Carmen Elena!

Mirto, laurel, en sus horas de calma,
en los inéditos bosques benignos,
inútilmente ha buscado mi alma.
Ya no florecen —¡insólita pena!—
lauros de Jonia, los únicos dignos
de la belleza de Carmen Elena!

¿Lises de Francia y rosas de España?
Ah! la burguesa ambición egoísta
taló jardines, provecta y tacaña...
—hoy de legumbres la tierra está llena,
y no he encontrado la flor imprevista
para las sienas de Carmen Elena!

No tiene ritmo el lenguaje materno,
no tiene flores la tierra del mundo,
le falta espíritu al mundo moderno

que solidario idiotismo encadena
para sentir el encanto fecundo
de la armonía de Carmen Elena!

Bella es mi tierra: inmortales paisajes,
noches tremendas, tormentas crinadas,
cielos ilustres, viriles boscajes
donde la fuerza del viento resuena...
mas, son las patrias bellezas menguadas
para el encanto de Carmen Elena!

La voluntad de la gloria más alta,
el firme orgullo que nunca se doble,
en un impulso violento me exalta,
porque en mi vida mediocre y serena
pondrá su gesto la hazaña más noble,
digna del sueño de Carmen Elena!

1920

Yo cerraba los ojos

A Gonzalo Carnevali

Yo cerraba los ojos para verte,
y así tu cuerpo, igual a todos, idealismo
era sólo: una estrella que orientaba mi suerte!
Estabas lejos, pero adentro de mí mismo...

Llenabas mis ocasos, mis noches, mis auroras,
los puntos cardinales de ensueño de mis horas!...
Tu fulgor paradójico era rotundo y triste
—tú no me conocías, pero presentiste.

Y al fin llegaste, pálida Ensoñada, entrevista
por mi deseo, y fuiste mi futuro y mi ayer...
Y bucéé en tu alma estéril, incapaz, egoísta;
ni una joya sincera, ni una nota imprevista:
eras tan sólo una mujer!

Así debo un ensueño de oro a la lejanía;
vivió el fugaz minuto que vive la emoción!
Le estuve mucho tiempo guardando el corazón
a una mujer a la que no quería!

1919

Una mujer me llena de luz

A Rafael Carías

Hoy me llenas de luz, mujer! Me siento todo pleno de vaguedades, de imprecisión, de nada; la evocación exúltame líricamente, a modo de fragancia que incienso una alcoba olvidada.

Viene a mí tu recuerdo, y tu recuerdo apresa como un cristal a mi alma rebotante de sueños; tu nombre es una lengua de llamas que me besa; tu suavidad es bálsamo de ideales beleños!

Yo amo tus inquietantes pupilas asombradas; es cauda de tristezas tu cabellera suelta, son un refinamiento tus manos extenuadas y un dolor tu silueta, lánguidamente esbelta!

Qué perfume tan íntimo tu evocación exhala! La vaguedad empompa más tu evocación trunca: la realidad presente con el tiempo resbala, y mi dicha es eterna porque no llega nunca!

Oh tú! mujer que adoro, siniestramente suave, clávame tu dulzura del alma en lo más hondo; como un arado ábreme el corazón a fondo, mi corazón canalla que tiene trino de ave!

Otras mujeres dénme su pasión y su fuego;
tú sé distinta... que jamás pliegue tu túnica
un gesto generoso de entrega ante mi ruego
¡y así serás más mía, mi adorada, mi Única!

Tan sólo tu emoción quiero, que es melodía
de dolor en la suave música de mi verso...
Así, remota, eres más hondamente mía,
que la nada es la inmensa alma del universo
y la Belleza es una suprema lejanía!

1918

Elegía pagana

A Julio César Alvarado

Son muchas inquietudes para una sola vida.
Rubias, morenas, blancas, a todas os adoro;
amo los ojos negros, amo las crenchas de oro...
son muchas inquietudes para una sola vida!

Y aquel mirar tan hondo... y aquel mirar tan grave!
y las carnes morenas y sus bravas caricias,
y aquellos senos blancos combados de delicias,
y aquel mirar tan hondo, y aquel mirar tan grave!

¡Oh inmensos besos breves donde iba toda el alma,
donde iba toda nuestra juventud palpitante...!
Aquella me dio toda su exaltación triunfante
de inmensos besos breves donde iba toda el alma.

Y tú, inmortal silueta, triste armoniosamente,
¡oh tú, la de enfermizas pupilas desoladas!
¡oh tú, la de las pálidas caricias extenuadas,
la de inmortal silueta, triste armoniosamente!

Y vosotras, mujeres que fugaces pasasteis
dejándome tan hondas nostalgias dolorosas;
¡oh carnes entrevistas, oh curvas melodiosas
de vosotras, mujeres que fugaces pasasteis!

Son muchas inquietudes para una sola vida!
¡Oh líneas, oh diseños de suprema belleza!
¡Oh múltiple promesa que persistes promesa!...
¡Ah, qué poco alcanzamos para toda una vida!

1920

La amaba

A Alberto J. Wallis

La amaba! Toda el alma,
toda mi alma ansiosa la poseía Ella;
y así sólo sentía la presencia de mi alma
cuando estábamos cerca.

Pero Ella no cuidaba bastante de mi alma.
Mis miradas a veces erraban distraídas
y Ella decía: —Eres como un cuerpo sin alma...
y yo le contestaba sin saber que mentía:
—Alma!, la tengo toda
en ti: búscala dentro de ti misma!...

No era cierto. Ya tarde
lo comprendió mi vida:
era que se olvidaba de mi alma, y mi alma
sin su solicitud de amor se me moría.

Tardes, noches... los dos muy juntos y muy solos
—Felices— dijo alguno.

—Se adoran— dijo alguna.

Feliz yo la adoraba...

—Te quiero— me decía...

Trajo un cantar la brisa vagabunda:
Las almas de los novios son como las estrellas:
desde lejos parece que estuvieran muy juntas!

* * *

Por cualquier cosa, un día
dijo Ella:

—No podemos
continuar...

Que rompimos, dijo la gente... Bien,
rompimos el amor y así quedó el recuerdo.

Y así quedó el recuerdo... pero llegó el olvido.

Ya me he olvidado de Ella!

La he encontrado cien veces, Dios mío!, y no he llorado,
sólo, muy en el fondo, un punto de tristeza!

Y hoy soy enteramente, sinceramente libre;
hace ya mucho tiempo recuperé mi alma.

Hoy mi alma es sólo mía, mi vida sólo mía,
y sin embargo no me sirven para nada!

Pensaréis: una historia trivial en rimas pobres...

Os juro que más triste yo nunca la contare:

teníamos amores, pero yo estoy seguro

de que Ella nunca supo lo suya que era mi alma!

1920

Soneto futuro

Que ofrendaré a mi novia
el día de sus bodas con otro

La gracia esbelta de tus primaveras
—realización de un ansia irrealizable—
fue fulgor de una aurora inolvidable
en la noche tenaz de mis esperas.

Luego, la zarpa de lo irrevocable...
La Ineludible para mi alma fueras,
mas nunca mi silencio irremediable
fecundara otra cosa que quimeras!

Eras así: tímidamente suave,
En mi Tebaida espiritual surgiste
con tu ternura arrulladora de ave...

Y aún en mis sueños la emoción persiste
de tu belleza, extrañamente grave,
de tu dulzura demasiado triste!

1918

Qué dulzura

A Vicente Fuentes

Qué dulzura en su gracia doncella,
qué radiante belleza augural!
Yo tenía quince años... destella

en mi vida su luz celestial;
todavía me queda de ella
este ingenuo recuerdo inmortal!

Y más tarde, alma mía, qué fuego,
qué pasión, qué anhelar, qué soñar;
raudas horas sin paz ni sosiego,

para amar, para amar, para amar!..
¡Oh mis horas jadeantes... y luego,
recordar, olvidar y llorar!

¡Oh fragante tesoro, en incienso
consumido ante inútil altar!..
—Alma, humo, ilusiones— propenso

corazón derrochado al azar!..
Y mañana tal vez ni este inmenso
dolor de hoy de admirar sin amar!

1920

Incoherencias

A Napoleón Azebedo

Íbame por la senda en soledad. La vida
abrió un largo paréntesis de noche en mi camino...
La azul reminiscencia de una novia perdida
era el acompañante que me brindó el destino.

El destino... la vida... Mentiras legendarias:
no fue el destino, fueron unos ojos muy hondos,
una boca muy linda de llamas incendiarias
y el sol de medianoche de unos cabellos blondos!

Tuvo razón: la vida le brindó sus encantos
más preciados: yo era pequeñito, minúsculo...
¿Qué porvenir tenía este loco de tantos
que viste sus tristezas con oro de crepúsculo?

—Tú no eres de este siglo— decíame la gente—,
la luna es hoy tan sólo una esfera de lodo...
Y esta razón imbécil tuvo razón en todo:
Ensueño! ¿has de salir vencido eternamente?

Bella inquietud, nodriza fiel de la fantasía,
dame tus grandes alas para alzar mis dolores...
¡Hasta las frondas tienen palpar de motores
y el silencio inmovilidad de fotografía!

¿Y esto es lo que llamamos vida intensa? ¿Y es esto lo que nombramos paz romántica y serena? Si al claror de esta luna hasta el más noble gesto tiene ridiculeces de sombras en la arena!

Bella luna... sol tísico ... miserable almacigo de barro vil y negro, si tú, que eres la diosa del ensueño, eres tierra, al bajar a la fosa, ¿qué será de nuestra alma que soñaba contigo?...

En la brisa los suaves rumores se apagaron; el silencio es como una honda interrogación; dolores que creí muertos se despertaron ¡y el alma no me cabe dentro del corazón!

¡Oh recuerdo, reflejo de las cosas pasadas, en tus pliegues de brumas se idealizan las cosas: adquieren más colores y fragancias las rosas y nimbos de nostalgias las novias olvidadas!

En los viejos cristales del espíritu en calma la *saudade* solloza de aquel día adorable, cuando sentí tan íntima su mirada inefable que me asombré yo mismo de lo hondo de mi alma!

* * *

Ay! yo vine a esta senda con el alma dolida añorando el olvido, y el olvido, tardío, con sus brazos de sombras arrancó de mi vida algo muy doloroso, pero que era muy mío... y hoy añoro del alma esa parte perdida!

—El silencio —dijeron, y me hablaron de ensueño.
La soledad abrióme sus Tebaidas brumosas;
yo las busqué; he sentido el dolor de las cosas.
¡O el silencio es muy grande o yo soy muy pequeño!

* * *

En las frondas lejanas se marchita la luna...
Ya no sufro, soy como un alma sin ninguna
pena; no da su vuelo al azul mi canción;
y sin embargo siento, intensamente, una
angustia de epiléptico: se murió mi emoción
juvenil, mi quimera, mis ansias de fortuna...
¡Y ya no sé ni dónde me queda el corazón!...

1916

A la lumbre inefable

A Ángel Miguel Queremel

A la lumbre inefable de una lámpara exigua
nuestras vidas narramos. Una amistad antigua
nos une, y los secretos dicen su indefinible
atractivo:

—Yo tuve una novia muy blonda...
fue la primera...

Siempre una mirada honda,
unos labios muy dulces y una carne imposible!

Contamos uno a uno románticas historias,
ansias inextinguibles de infinito y de glorias
—glorias de amor y amor de glorias ensoñadas!—
¡Oh poemas inéditos que escribisteis, amadas
en nuestros corazones, prologados de ensueño,
y que rompió la vida gris y el mundo pequeño!

Éramos cuatro amigos en el oscuro bar,
un rincón de la vida propicio al ensoñar...
Sólo faltaba uno por narrar sus quimeras:
—Dínos tu historia, tus ilusiones primeras...
Y abriendo hacia el recuerdo sus ojos sensitivos,
comenzó:

—Era muy blanca...

Quedóse pensativo,
y una lágrima vimos en sus ojos temblar
porque ya no tenía nada más que contar!...

1915

Aquel amor

A Pablo W. Hernández

Aquel amor se me murió en pañales,
tan tierno como era!,
y me dolió como un amor ya viejo,
como una ilusión vieja.
Yo no le pedí nada; era conforme
con lo que dar quisiera
—ni un beso, ni una carta, ni una rosa...
sólo me dio esta pena tan intensa,
este dolor tan hondo que me mustia
la floración de luz de la quimera.
Yo creí en el amor, en Ella, en todo;
qué cara me ha costado la experiencia!

Lo que más siento es el sentir tan hondo;
mi dolor se endurece como cera
dejada a la intemperie ;si lograra
olvidar, olvidar ;ay! si pudiera!

Aquel amor se me murió en pañales...
Yo digo esta oración a la tiniebla:
—Dadle, Dios mío, un descansar eterno...
¡y brille para él la luz perpetua!

1915

Del recordar lejano

A José Ángel Cano

En el pobre balcón de la morada
sórdida, aparecía por la tarde.
Nadie volvió hacia ella su mirada:
daba una extraña sensación cobarde
su sincera belleza resignada!

Alguna vez, sobre su pecho, rosas
puso su tímida coquetería;
alguna vez también sonrió... y veía
—oh sus graves pupilas dolorosas!—
desde el balcón, sobre su pecho rosas,
inmóvil, a la vida que corría!

¡Oh palidez del recordar lejano,
suave emoción del alma destrozada!
¿Triunfa tu carne en el tumulto humano,
o duerme para siempre en el arcano
tu sincera belleza resignada?

No sé... y no obstante que pasé sin verte
tantas veces... Tal vez sin comprenderte,
niña tímida y dulce, hoy pongo sobre
la vanidad de tantos espejismos
—cuerpos sin alma, engaños, egoísmos—
tu gracia triste de muchacha pobre!

1920

Ayer

Ayer, revolviendo papeles,
encontré el Diario de un amor,
de un amor inmenso que tuve...
—hace tiempo ya que murió.

Y ávido, con esa ternura,
hecha de ilusión y dolor,
con que apuramos el recuerdo,
leí aquel Diario de mi amor...

Pobres frases sin entusiasmo,
a cada instante: «el corazón».
Había notas de ella al margen:
su letra —ninguna emoción!

No quedaba sino lo cursi
en aquel Diario de mi amor...
y en lugar de llorar, reí,
pero era más grande el dolor!

1920

Mi estrella de Belén

Fue en un siglo cualquier. Desesperaba
mi fe bajo la noche delincuente;
no obstante, entre la sombra, un persistente
presentimiento bueno me asediaba!

Y un fulgor milagroso de repente
brotó, que las tinieblas apartaba:
una estrella! la misma que guiaba
otro tiempo a tres Reyes del Oriente.

A través de las horas la seguía
mi esperanza —su blonda luz tenía
la realidad de una guedeja suelta...

Y una noche su luz hundióse dentro
de la siniestra selva en que me encuentro:
la estrella de Belén iba de vuelta!

1920

Media noche

Tus ojos inquietantes abren siniestramente
en mi desolación su poderío;
su brillo en el recuerdo se hace más duramente
hondo, más fijamente, más fatalmente frío...

Mi quietud insomne vacila
—¿sueño, deliro o pienso?...
¿Soy un hombre o un punto?... Soy un dolor, suspenso
como una lágrima de una pupila!...

1918

Yo siempre he poseído un dulce amor

A Hugo Ardila Bustamante

Yo siempre he poseído un dulce amor lejano,
un hondo amor, nunca correspondido:
Elsa, Carmen, Clemencia,
Luisa, ideales por mi mal perdidos!
Yo siempre he poseído un hondo amor lejano,
sincero, silencioso e infinito!

Un hondo amor que generosamente,
sin darme nada en realidad, me daba
—tal una luz que puebla la tiniebla—
la plenitud de amor dispersa en mi alma!...

Y hoy que al sentirme débil y cobarde,
porque ha perdido el alma el don divino
de soñar y soñar perpetuamente,
me refugio en tu amor caritativo,
en tu amor tan humilde y tan sincero,
tan leve y tan sencillo;
y aunque me siento débil y cobarde
porque ha perdido el alma el don divino
de soñar y soñar perpetuamente
en un amor nunca correspondido;
y aunque tú te me das pura y entera,

sufro la angustia de los sueños idos:
yo siempre he poseído un dulce amor lejano,
sincero, silencioso e infinito!

1922

Una noche

A Antonio Leal

La encontré en una casa de diversión cualquiera
una noche en que el vino su entusiasmo nos diera.
Era menuda y pálida, tal vez vulgar... Pasó
inadvertida para los otros, pero yo
que me quedé mirándola fijamente, entreví
chispas de oro en sus ojos desencantados, y
nos amamos toda una noche... pero fue en vano
acechar en sus ojos el centelleo lejano
que sorprendiera cuando la miré fijamente!

En sus ojos febriles bucéé vanamente,
inútilmente quise despertar arbitrarios
ardores en sus flojos ardores mercenarios
por encender el oro que en sus ojos había!

Resignada, tal vez tierna, ella consentía,
afectuosas palabras vulgares murmuraba
y en generosa entrega su cuerpo me brindaba.
—Delirante, toda una noche la poseí;
pero en vano buscaron mis ojos obsediados
chispas de oro en sus pobres ojos desencantados:
aquellas chispas de oro que un momento advertí...

No obstante la infructuosa busca de aquel tesoro,
os juro que tenían sus ojos chispas de oro!

1921

Motivos triviales

Al verte, ni siquiera te saludo.
—Es tan tímido —piensas, y sonrías,
y con pueril provocación te engrías
de tu busto triunfal, semidesnudo.

Tal vez con tus amigas te gloríes
de aqueste juego caprichoso y mudo...
Insistente me miras, pero eludo
tus miradas burlonas, y tú ríes...

Tus faldas has, cual por descuido, alzado,
y de soslayo mi expresión inquieres.
Pobre niña, novicia en galanteos!

Me juzgas simple y ser perversa quieres;
estás inerme y no has adivinado
que soy una emboscada de deseos!

1921

La dama de corazón

A R. Carreño-Rodríguez

Guardo el recuerdo, pese a lo vulgar del caso,
de la noche lejana en que aquel jugador
de póker, a quien no conocía, esperaba
la dama de corazón.

Todo cuanto quedábale de su fortuna puso
sobre el tapete verde, y había tal pasión
en sus ojos, que yo sufrí su enorme angustia
por la dama de corazón.

No obstante no era el oro lo que le atormentaba.
—Sus dedos tambaleaban, titubeaba su voz,
pero todo su anhelo vehemente era tan sólo
por la dama de corazón!

Era una inquietud ávida y desinteresada:
su vida, consagrada a las cartas, sintió
la confusa injusticia de su sino —no vino
la dama de corazón!

Desde esa noche, cada vez que pienso en mi alma,
en mi alma que nada para sí reservó,
lloro, sintiendo mío su dolor, el fracaso

de aquel empedernido tahúr que en vano puso
su fe en la espera de la dama de corazón!

1922

Envío

Al pie de *La Corona de Rosas*,
de Eugenio de Castro

A Josefina Ponce Bello

Bajo el total dolor de esta cantiga,
sucinta nota de emoción inmensa,
atreve un torpe balbucir mi labio
que quiere hablarte en gracia de poema!

Y es que es tan honda la inquietud que siento
que toda el alma se estremece de ella,
y toda canta al imperioso soplo
como un rosal bajo una brisa recia!

¡Ah!, qué emoción tan locamente agita
las ramas verdes hasta ayer tan quietas!
Si vieras cómo entreabren al jubiloso influjo
en llamas y en aromas todas mis rosas nuevas!

Si tú vieras, muchacha, cómo abren
a un sol de amor mis rosas tempraneras!

Son para ti, que para ti entreabrieron,
y te las traigo así, sin componerlas,
en confusión de sedas y colores.

Ni ramo ni corona hice con ellas,
quédese la retórica del ramo
a otro menos premioso de traerlas!

Míralas bien: son rosas!
Tal vez por su humildad no lo parezcan!
Culpa no es del rosal si no entreabrieron
divinamente bellas!

Tómalas: para ti florecieron todas...
¿Dejarás que en mis manos extendidas se mueran?

1923

Sin ti...

El mar es una bruma sonora en la distancia.
La noche sigilosa abolió los paisajes.
Soledad, sombra, tedio, quietud... y tu recuerdo
que abre en la noche ciega la estrella inolvidable!

1925

El poeta ha leído versos a la amada

Las horas han pasado floridas de poemas,
floridas de poemas que fueron de ella y míos...
Ajenos versos iban musicando mi alma
y su alma estaba atenta al solapado ritmo.

Yo sé que ella me oía distintamente, que ella
la resonancia oía, distinta de mi alma,
yo sé que ella intuía todo lo que era mío
en los ajenos versos que a mi alma musicaban...
lo sé, pero me invade de pronto una congoja,
una congoja densa, densa y desparramada!

Densa y desparramada como un remordimiento,
es un remordimiento voraz esta congoja,
una tenaz angustia de tiempo cercenado
a la expresión de mi alma, desnuda, simple y sola!

A la expresión de mi alma que quiere darse toda,
que quiere darse toda, profundamente, sin
ayuda y sin contagio, desnuda, simple y sola!...

Yo quiero que me quiera por mí, por mí, por mí!

Mas yo ¿qué soy? ¿Acaso no soy turno tras turno
la versión de un poema, la glosa de un romance,
una angustia sin causa, un brusco ceño, una
afectuosa exigencia... un silencio... una frase...
una emoción, un gesto, una quimera, una
inquietud pensativa, una indagación hecha
al oráculo de una margarita?... Soy eso
turno tras turno... sólo soy eso para ella!

Y tal vez sólo eso soy... Pero quiero más,
quiero ser plenamente el que entristece
de gravedad sus ojos, el que agrava
de cavilaciones su frente!...

Quiero ser ese más que todo,
quiero ser ese solo plenamente!

Pausas

Carta a Rosario Blanco Meaño (Fragmentos)

Rosario:

ha mucho tiempo que este ex poeta pobre
pensó escribirle, era un deber y un placer;
pensó escribirle en verso, mas sonábanle a cobre
sus rimas, resonantes de juventud ayer!

En los triunfos de Andrés no llegó mi voz hasta
usted, así debíale mis felicitaciones;
pero en mi vida fueron rotundas emociones
los lauros del hermano —¡perdone!— y eso basta.

Culpe usted a la zona tórrida, que en su quieta
persistencia de sol secó mis manantiales,
y agostó mis queridos campos sentimentales
—los únicos que puede poseer un poeta!

Enantes la enfermiza influencia del marasmo
ambiente érame extraña: todo mi yo era mío...
Mas, hosco, irreparable, lapidó mi entusiasmo
algo más doloroso que el dolor, el vacío!

* * *

Hoy siquiera algo nuevo admiran mis pupilas,
palpan mis manos ávidas, aspiran mis anhelos:
un ondular de valles bajo las cumbres lilas,
y allá, sobre las cumbres, una emoción de cielos!

Así vivo mi vida. Jinete de mi ensueño
por el llano mediocre y la cumbre superba;
y otras veces tendido bajo el azul risueño
para, como Gautier, sentir crecer la hierba!

Aquí toda impresión es triste, noble y pura...
Un arrullo de tórtolas alegra los rastrojos,
y bueyes melancólicos vuelven hacia la altura
la infinita dulzura cansada de sus ojos!

Un hilo de agua trémulo vagamente se pierde
en la azul lejanía, y fracciona el paisaje
el vertical orgullo dorado de un ramaje
sobre una estremecida monotonía verde...

Germinan en las cosas instintos de belleza;
rubias pieles de sol arden en la maleza
de un matiz claro; ceibas donde la fortaleza
se tuerce con inmóvil eternidad de estatua...
Y un ocaso, connubio de luz y de tristeza,
divinamente efímero sobre la tierra fatua!

¡Y las noches! sonoras, palpitantes de tragos,
horadadas por una estrella inalcanzable...
Allá austeras montañas de fantásticos rasgos
y mil ruidos elásticos en sombras insondables,
expresables con una palabra: inexpresables!

1919

Menguada ofrenda

En el álbum de Josefina Iribarren, muerta
en la plenitud de su juventud y belleza.

Jineta y cañas son contagio moro;
restitúyanse justas y torneos
y hagan paces las capas con el toro.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Ajustar van, bizarramente erguidos,
los fijosdalgo sobre sus trotones:
Nuños y Mendos, Laras y Quiñones,
Y don Francisco, el de los pies torcidos!

Divisas cien, marciales alaridos;
tremen al viento sedas de pendones;
lenguas de sol cautivan los lanzones...
Laten femíneos pechos encendidos!

Y fue el encuentro y fueron golpes rudos,
choque de lanzas, resonar de escudos...
Y don Francisco, el Vencedor, exclama

y se inclina ante vos, ardidamente:
—Menguada ofrenda a tan ilustre dama!...
Tal he soñado en pleno siglo veinte.

1920

A María Luisa Rotundo

Me pide versos para vuestra gracia
—alto honor para mí— cordial amigo.
Me habla de vos asaz discretamente,
caballerescamente comedido.

No sé si sois la dama de sus sueños...
Mas sé que sois, y aquesto sí lo afirmo,
buena, gentil, bizarramente bella,
suave en la plenitud del adjetivo,
y por magia de todas estas cosas, María
Luisa, mi verso fluye espontáneo y sencillo...

—Pues, señor, no me explico cómo puede
tal afirmar de mí, si no me ha visto
nunca...

argüiréis, y vuestro dulce asombro
subrayaréis con un mohín divino...

Y es que ignoráis que ya os conozco, pues
os he visto en los ojos de mi amigo!

1920

En el álbum de María Luisa Blanco Meaño

Un paisaje muy tenue: el alma de un paisaje!
Idilios en los nidos y en las cabezas blondas
de joviales muchachas; y allá, el rubio miraje
de la tarde florida que agoniza en las frondas!

La dulzura del ángelus arrullando la estrella
vespertina, indecisa sobre el cielo de raso;
y en el ambiente, todo palideces, aquella
inquietud que nos brinda, como un vino, el ocaso!

Digno marco suntuoso, lleno de suavidades,
el crepúsculo —oro celeste y melodía—
para tus ojos líricos, brumosos de *saudades*,
linda estatua viviente del Sueño y la Armonía!

Una emoción de brisas en la fronda dorada,
y sobre el panorama que en sangre de sol arde,
va tu silueta rítmica, vagamente aureolada,
como una pincelada de música en la tarde!

1916

En el álbum de Carmen Cecilia Caballero

Si una espléndida primavera
te alborozas la vida entera
y eres la feliz hilandera
de tus sueños que en luz revistes;
si la belleza y la armonía
y la gloria y la poesía
son tu reino de fantasía,
¿por qué tienes los ojos tristes?

Si en tu alma se elevan mil voces
¡áureas aleluyas de goces!
si las tristezas desconoces
y todo en tu vida es promesa,
¿por qué se llena tu mirada
de esa dulce gracia cansada
que pone una niebla dorada
sobre su divina belleza?

Perdona esta duda explicable:
si una primavera adorable
te encanta de encanto inefable
y eres la hilandera incansable
de tus sueños que en luz revistes;
si la belleza y la armonía

y la gloria y la poesía
son tu reino de fantasía,
¿no será por coquetería
que tienes los ojos tan tristes?

1922

Iraida Regina Blanco

El poeta loa tu gracia inmaterial

Modeló el alma emocionada
para expresar tu primorosa
belleza el ánfora armoniosa,
armoniosamente alargada.

En cristal fino trabajada
—vaso de esencia deliciosa—
transparente y maravillosa
como tu gracia estilizada;
como tu alma su fragancia,
como tu eurytmia su elegancia,
era síntesis de tu vida.

Y se ha quebrado... En buena hora!
porque su fragancia esparcida
te traduce mejor, Señora!

1926

Mis motivos

Los héroes de mis poemas

A Tito Salas

Son los héroes de mis poemas,
no son hombres de ningún siglo;
nunca la urgencia del «negocio»
les puso el ceño imperativo...
Son los héroes de mis poemas:
no son hombres de ningún siglo!

Viven, al margen de las cosas,
una realidad atenuada;
su dolor es definitivo,
su alegría, fecunda y alta:
viven, al margen de las cosas,
una realidad atenuada!

Lo mínimo diario no inquieta
la continuidad de sus vidas:
asperezas, contrariedades,
pequeñeces que nos limitan...
Lo mínimo diario no inquieta
la continuidad de sus vidas!

Sólo saben de excelsas cosas:
amores, hazañas, ensueños...

Vino, cerveza, amables charlas,
nada de esto conocen ellos:
sólo saben de excelsas cosas,
amores, hazañas, ensueños!

A ratos, no obstante, perciben
algo de la vida agria y dura;
pero la visión para ellos
guarda un encanto de penumbra,
cuando a ratos creen que perciben
algo de la vida agria y dura!

No hacen nunca filosofía:
sienten sin conceptos ni fórmulas;
sin medias tintas cavilantes,
su existencia es luz o es sombra...
No hacen nunca filosofía:
sienten sin conceptos ni fórmulas!

Yo los envidio intensamente
a los héroes de mis poemas;
yo soy un fracaso de ellos,
ellos son lo que yo quisiera...
Yo los envidio intensamente
a los héroes de mis poemas!

Los envidio yo, prisionero
de la sórdida realidad;
grave y sensato en este coro
de mentira y banalidad;

esclavo o amante —no sé—
ridículo y sentimental,
de una verdad cómica y dura
que no es ni siquiera verdad!

1923

Profesión de fe*

Era la noche tétrica, era el desierto enorme...
Una sombra curvada, irreal, desvaída,
cruzaba la agresiva extensión uniforme.
—Desierto, sombra, tedio y mal, como la vida!

Un vigor de idealismos impulsó su partida:
quiso llevar muy lejos su alto ensueño inconforme;
y hoy en sus secas fauces clava su acometida
la sed, garra de fuego retorcida y deforme!

Ni un rumor en la turbia amplitud vacilante,
solo en medio al inmenso silencio circundante:
redimía una gota de sangre cada huella...

Súbito hirió sus ojos un temblor de agua pía;
un sorbo acaso... pero dentro una estrella había
y el agua dejó intacta por no abolir la estrella!

1919

* Pórtico del libro *Tierras que me oyeron*, de Andrés Eloy Blanco.

Peregrinación

A Leopoldo Ayala Michelena

Allá va, hacia el dolor de la tarde dorada...
Las gentes dicen de él: —No sirve para nada.
A su paso señálalo una vieja indiscreta
y los muchachos grítanle: —Dime un verso, poeta!

No importa: este crepúsculo le da toda su luz;
una tarde como esta Cristo murió en la cruz!
Bajo estos florestales robustos y floridos,
sahumados de la pálida música de los nidos,
todo cambia de gesto y el dolor ya no hiere:
hay bálsamos extraños en la tarde que muere!

Y el poeta es feliz en la paz de su olvido
porque sufre el placer de no ser comprendido!...
Vosotros que reís, hombres calculadores,
nunca oísteis el hondo cantar de los dolores;
vuestra sonrisa en vano anhela ser irónica
y revela vuestra alma de una estupidez crónica;
a cebada me suena la frase en vuestros labios
que en vano pugna el asno por dar rebuznos sabios...
Sólo tenéis un sueño dorado: la comida!
No habéis vivido nunca ni un pedazo de vida
y os reís de este loco enlutado y risueño
que tiene la suprema cordura del ensueño!...

Perfumando de ensueño los dolores, su vida
discurre como el agua serena de una fuente,
¿para qué cavilar si la ruta es perdida
y si siempre ha de guiarnos el instinto inconsciente?...

Él tiene una ternura muy grande para todo;
para la luna impúdica que se baña en el lodo
y para el mar andrógino que se pierde en el cielo!..
Pone en su alma la música una inquietud, y los
alados sentimientos se exasperan de vuelo;
su pensamiento es como una gota de Dios!

Por la noche, a la luz flaca de los velones,
cuando se abren las cóncavas luces de los balcones,
escribe versos para alguien que no le ama;
alguien que pasó un día junto de su tristeza,
nimbada de una extraña suavidad de belleza...
y ni siquiera sabe de ella cómo se llama!

Y así su vida toda, saturada de nada,
de nada como el Tiempo, el Amor y la Gloria!

Y una tarde, a la hora de las luces fantásticas,
cuando las nubes tienden superficies elásticas
hacia el sol, destronado entre la sombra incierta,
mientras todos exclaman:

—Era muy bueno...

Entonces,
sobre el hondo misterio de su fosa entreabierta
sollozó la sonora tristeza de los bronces!...

El extranjero

A.J.T. Arreaza Calatrava

Gulliver tomó asiento en la piedra rugosa
que los liliputienses llamaban la montaña...
A sus pies extendíase la ciudad populosa
de Liliput —fabril, progresista y tacaña!
La fábrica, el palacio, el parque, la cabaña,
y la casona hidalga del abolengo rancio,
nada faltaba, era una ciudad como cualquiera:
cien carruajes cruzaban la blanca carretera,
y, más allá, labriegos oblicuos de cansancio!
Hormigueaba en las calles muchedumbre irrisoria
—líricos, hijosdalgo, pecheros, mercaderes,
éstos ávidos de oro, fanáticos de gloria
aquéllos: las mujeres, necias, al fin mujeres!
Gulliver contemplaba cómo a sus pies hervía
en torpes ansias sórdidas la ciudad trepidante.
Odio, injusticias, crímenes... y Gulliver sentía
el orgullo de ser gigante!

Gulliver tomó asiento en la piedra rugosa
que los liliputienses llamaban la montaña...
A sus pies descansaba la ciudad bulliciosa
de Liliput —romántica, luminosa y extraña!
Abriáanse en la sombra trémulas luces de oro;
luz en palacio, en la cabaña, claridad...

Grupos de amantes íbanse bajo el parque sonoro
y era un inmenso arrullo de amor y de piedad
toda la sombra... Oíase en susurrar de besos,
y bajando la vista pudo ver Gulliver
los grupos abstraídos en hondos embelesos:
el hombre siervo, sierva divina la mujer!
Estaba solo en medio de la noche sombría,
junto al amor unánime de la ciudad vibrante...
Estaba solo, solo... y Gulliver sentía
la tristeza de ser gigante!

1921

El silencio

A Antonio Arráiz

Buscaba el silencio, el silencio.
El perfecto silencio, sordo, supremo y vasto.

No ese silencio turbio de las noches urbanas,
silencio de contraste con el gritar diurno,
silencio en que fermentan cien mil vagos ruidos
mínimos y trascendentales.

No ese silencio de la noche de los campos,
henchido de rumores indistintos,
de rumores de savia, de brisas y de bosque,
de las mil cosas leves o enormes que incubaba
la sombra en la medrosa soledad de los campos!

Su alma necesitaba del silencio absoluto,
no de esa soledad llena de resonancias
que los hombres llamaban «el silencio»
—oh imperfecto silencio donde el pasado llora,
donde el presente late, donde el futuro aspira!

Y de pronto, una noche tal vez, una honda noche,
su alma encontró el supremo, absoluto silencio.

Mas por sólo un instante
poseyó ese silencio la avidez de su alma;
sólo por un instante,
porque en medio al vacío del silencio supremo
se dilató —distinto, inexorable, isócrono—
un latido inmortal, dominando el silencio!

Y así fue como sólo por un fugaz instante
la avidez de su alma poseyera el silencio
sólo por un instante:
su propio corazón inexorable, luego,
rebotó de sonora inquietud inmortal
el profundo, infinito, absoluto silencio!

1922

La campana

A Julio Garmendia

Lan... lan... lan... lan... ¿qué angustia llena la voz de
[bronce,
la voz que de alegría enloqueció en el alba?...
Ah! qué espantosa angustia, qué inexorable angustia
se alarga y se dilata en cada campanada!

¿Hasta cuándo, hasta cuándo?... En la tarde, en la
[noche,
eterniza su enorme angustia la campana:
lan... lan... lan... lan... sus voces son cada vez más
[hondas,
son cada vez más negras, son cada vez más largas!...

Yo siento que una angustia frenética estremece
el bronce oscuro y vivo... ¿qué dirá la campana?
¿qué dirá en su terrible inexpressión sonora
la desesperación de cada campanada?

Cómo sufre y se alarga en el pavor nocturno
la desesperación de cada campanada!

Qué dirá en su terrible inexpressión sonora
la angustia que yo siento torcerse en la campana?

Vasta, infinitamente, interminablemente
arrastra por los campos su angustia la campana...
Y mis nervios se rompen a cada son... y súbito
me lanzo sobre el bronce... y su voz se hace opaca,
sorda y opaca... y ya no suena más: silencia
su desesperación la campanada...

Pero bajo mi pecho yo siento temblar toda,
temblar toda la angustia atroz de la campana!

1923

La selva

A Francisco Martínez

—Qué es ese olor extraño, delicado y
enervante? ¿Es por ventura la ninfa de
este bosque?...

—Es el boa!... Es el boa!...

Espantosa es la noche en la selva cerrada;
pero cuando la aurora adivinada, el día
despliega, inútilmente, sobre la inmensa umbría,
es más hondo el pavor de la selva enlutada,
angustiosa penumbra hostil en pleno día!

Y el hombre marcha a pasos largos y decididos
por la selva, guardiana del misterio absoluto.
Qué intensidad oscura llena cada minuto:
latentes agresiones y miedos esparcidos!
El designio en el alma flaquea, irresoluto...

¡Oh flora despiadada de ásperas ramas rojas
de un rojo inmóvil, seco, igual, obsesionante.
Súbita sierpe silba bajo un samán gigante,
laberinto de fuerza atenuado de hojas...
El hombre es solo y débil, pero sigue adelante!

Adelante, a pesar del cansancio y del miedo...
Adelante, adelante! Para hurgar en la entraña
más dura de la selva infinita y huraña,
la sed de lo imprevisto le presta su denuedo:
suyo ha de ser el don nuevo de la montaña!

* * *

Sólo que es igual todo en la selva infinita.
En vano lo imprevisto buscó su anhelo ávido
y hoy una cautelosa fuerza trueca su impávido
esfuerzo en esta inmóvil gravedad que medita.
El cansancio en sus músculos fíjase terco y grávido!

Es el boa!.. Es el boa!... El viajero comprende,
en su blando cansancio de molicie imperiosa,
que lo acecha en la sombra la serpiente espantosa...
Ni dolor, ni tristeza, sin embargo, le acosa:
la selva de la vida sin objeto se extiende
indefinidamente, y el viajero comprende...

Más que la vida es bella la muerte y más piadosa!

1922

El surtidor

A Mariano O. Rivero, h.

Tranquilidad mezquina la de este patio pobre,
pobre patio de apenas veinte metros cuadrados.
Cómo es pueril la paz que limitar aspiran
sus cuatro paredones tan feos y tan altos.

Triste patio, sembrado profusamente en nimia
evocación de campo.
Inútil la piedad del aroma y la luz
en el exiguo patio
en cuyo centro claman su desolada sed
los brazos implorantes del molinete hidráulico!

Y el patio tiene flores, pero flores y césped
y luz de sol conspiran por exaltarlo en vano.

Nada vive. No alienta nada en esta mezquina
serenidad de apenas veinte metros cuadrados:
las flores nacen tristes y el sol se hace prudente
al penetrar en el pequeño patio,
y es que todas las cosas sienten el egoísmo
infecundo e inmóvil del recinto cerrado...

Mas de pronto un rumor invasor y creciente
estremece la sorda serenidad del patio,
y contagia las flores y reaviva las hierbas;
y el aire es todo sol vivaz y diáfano,
cuando las plumas de agua que se irisan
en armonioso giro desalado
proclaman la belleza generosa y fecunda
que ha vuelto loco al molinete hidráulico!

1923

El héroe

A Pedro Parés Espino

Has meus ad metas sudet oportet equus...

PROPERCIO

Ávido de imposibles, el acicate hundía
en el corcel piafante, bajo el triunfo del día.

Lírico como un gesto, fuerte como su lanza,
armado paladín del Sueño y la Esperanza,
ebrio de inmensidad resonaba su acento:
los milenarios ecos repetían su grito,
el silencio animábase al galope inaudito
y revivió a su paso, como un milagro, el viento!

¿Quién es? ¿A qué victoria aspiran sus hazañas?
Él mismo no lo sabe —recio vigor oscuro
le insufla el mal divino de las rutas extrañas
y va hacia el infinito *crescendo* de montañas
que cierra el horizonte del lado del futuro!

Va por la interminable llanura desolada
donde los cardos clavan su sed desesperada...
Noches, mañanas, tardes... ¡cuántas ha que camina!
¿una... cien? —¿qué más da!... El ansia le alucina,
y así entre el polvo, y bajo la furia dardeante
del mediodía, cruza el caballero andante;

y la sed le atenaza, y el cansancio le abruma,
y febril bajo el férreo peto el corazón bate
pronto a estallar... El héroe, hundido el acicate,
vuela en su potro negro, todo blanco de espuma!

¿Qué sortilegio súbito irrumpe en su camino;
qué encantos insinuantes le dan ese divino
deslumbramiento; esa sensación inefable
que le ha invadido el alma recia y batalladora?...
Sobre boscajes trémulos de arrullos el sol dora
el hemicíclo espléndido de un cielo inolvidable!

Cuán lejos el dolor de los llanos bermejos
y la huraña visión de los montes, cuán lejos!

Cómo aduermese el bravo vigor bajo las frondas,
bajo las frondas suaves, exquisitas y hondas,
en este encantamiento de paz y claridad!
Cómo invita al ensueño perezoso y eterno,
junto al hilo de agua límpida el musgo tierno
que cubre la colina de la Felicidad!

Y el lírico cruzado claras delicias bebe...
mas yérguese de súbito austero y silencioso
y hacia los cuatro vientos vuelve el mirar seguro:
menguada es la colina! el horizonte breve!
—y no obstante la dicha que le brinda el reposo,
hundiendo el acicate en el bridón oscuro,
ávido de horizontes prosigue, las miradas
clavadas en las torvas cumbres innominadas!

Los mendigos

A Jacinto Fombona Pachano

Y llegué ante la puerta.
Rectangular y blanco el edificio.
Piedra y cal sin ventanas, el muro. Y yo no supe
si abolió las ventanas piedad o egoísmo.

Y es que en verdad es duro mirar hacia la vida
cuando nunca alcanzamos nada o lo hemos perdido...
¡Cómo es duro mirar!... Mas es también terrible
la impasibilidad de piedra y cal del muro liso!

* * *

Allí estaban, adentro, ordenados harapos
inmóviles, casi en fila los mendigos;
sus ojos se volvieron hacia la puerta abierta
y un rayo de sol prístino
penetrando, aturdido, por el hueco fugaz
puso en los más cercanos un esplendor magnífico!

Y no sé si fue el sol, o si fue indiferencia
o qué... mas, parecióme casi alegre el asilo,
y era una cosa blanda el dolor de conjunto,
el dolor sin deseos que unía a los mendigos...

Y yo que les traía cien frases de consuelo,
que para cada pena forjara lenitivo,

yo que ensayado había mi corazón cualquiera,
sentíme artificioso y absurdo... El dolor íntimo,
el cierto, mis palabras tal vez lo hubieran creado
en esa sosegada tristeza del asilo!

En esa sosegada tristeza repartida
que más que todo era afecto compasivo,
ternura generosa que tiene la virtud
de darnos una dicha mayor que la que dimos!

Y entonces comprendí que también para aquellos
miserables, la vida tenía su sentido!

* * *

Se encontraron mis ojos con sus ojos borrados,
con sus ojos inútiles, inútilmente fijos...
Y lo demás —harapos y arrugas— se borraba,
y no existían sino sus ojos abolidos!

Era el más desdichado sin duda en aquel corro
de desdichados, que le atendían solícitos,
mientras él parecía no sentir, no vivir,
¡oh sus ojos inútiles, inútilmente fijos!

Y me acerqué hasta él y en sus manos dejé
con piedad torpe, algo que ya no sé de fijo
qué fue... Sólo recuerdo,
y ya nunca podrá borrarse de mí mismo,
esta siniestra cosa de horror que yo he mirado:
la envidia en los sombríos ojos de los mendigos!

El nuevo evangelio

A Rodolfo Moleiro

Primer término, un llano; fondo, cielos, montañas;
el mar a un lado; al otro gigantescas y extrañas
ciudades, y, más lejos, puebluchos soñolientos:
tal, en conjunto, el valle de los Remordimientos...
Y en medio a aqueste cuadro áridamente rudo,
como una torre, erguido, como un designio, mudo,
bello como un deseo, noble y firme, medita
eternamente inmóvil un Dios hermafrodita!

Vienen de las ciudades, del mar y de las cumbres,
casi incesantemente, dolientes muchedumbres;
y aquel Dios les infunde pavor, pero se llegan
temblando hasta sus plantas, y sollozan, y ruegan
piedad para sus turbias vidas desbaratadas...
Y el Dios vuelve hacia ellas sus pálidas miradas
pero se queda mudo, inexorablemente...
Y aquellos miserables, en coro balbuciente,
le dicen sus congojas: todos han señalado
un objeto a su vida y por él han luchado
—gloria, riqueza, el bien, el mal... los más diversos
fines; pero egoístas y buenos y perversos
y ambiciosos y humildes, perdieron la partida:
todos han señalado un objeto a su vida!

Piedad al Dios demandan, en coro balbuciente,
y él permanece mudo, inexorablemente!

Y un hombre se adelanta de entre la multitud,
bello, fuerte, vibrante todo de juventud,
y al Dios inmóvil toca en la pierna desnuda;
y retrocede toda la muchedumbre, muda
de pavor, de invencible cobardía mezquina...
Y el Dios vuelve al intruso la mirada divina
y, majestuoso, le hace signo de que se quede.
El rebaño, ridículo de miedo, retrocede
más y más, y se pierde en el confín lejano...

Y el Dios: —Ya estamos solos ¿Qué me pides, humano?
—¿Por qué si eres señor de todo cuanto existe,
de la mañana fúlgida y de la noche triste,
y del bien y del mal, de la tierra y del fuego
y del agua, desoyes impasible su ruego?
¿Por qué tu omnipotencia consuelo no les da,
Señor: no te conmueven sus dolores, quizás?

Habló a su vez el Dios, con una voz extraña:
sorda como el rumor del viento en la montaña
a ratos; suave como una caricia, a otros;
y en veces dura como un galopar de potros:
una voz que era hierro, seda y dolor e ira:
—La dicha, la desgracia, la victoria: mentira!
Te digo que muy poco valen las realidades
—sombras, luz... ¿qué más da?, sobre un agua corriente,
muchedumbre irrisoria en nuestras soledades
que quedan soledades irremediabilmente...

Los has visto llegar convulsos, doloridos,
el eco de sus quejas aún queda en tus oídos,
como un rumor, confuso, como un martirio, horrible,
y repruebas acaso mi actitud impasible
porque ignoras, humano, que con gusto les diera
todo cuanto han pedido si de algo les sirviera;
a unos daría bienes, a otros daría honores
si ello bálsamo ser pudiera en sus dolores...
Mas, su desdicha está en ellos escondida:
todos han señalado un objeto a su vida!

Pero tú, ¿nada pides?

—Nada pido...

—De modo

que no tienes deseos?

—Sí, por Dios!

—Luego, ¿todo

cuanto deseas logras, alcanzas cuanto esperas?

—No, por mi fe; yo tuve mil sueños fracasados;
mas, qué importa! son bellos frustrados o logrados:
para que se renueven yo podo mis quimeras
y gozo y sufro y sueño y lucho y siento y vivo!...

—Esa es toda la ciencia—dijo el Dios, pensativo—
el instinto es tu fuerza, no has menester de nada!

Espléndida de astros la noche era venida
y el hombre descendió la colina sagrada,
trémulo del supremo secreto de la vida!

Tendióse a dormir

A José López Borges

Tendióse a dormir bajo la tarde, en la pradera
y aureolada de luna llegó la noche honda;
él seguía durmiendo, y en el sueño su alma,
su tesoro mejor, se hacía esencia y forma.

Su más bello tesoro: amores y fortuna
y paz, era su alma —cuando de pronto toda
su paz tornóse angustia, porque le arrebatará,
brutal, de entre las manos, su espíritu una sombra!

Y despertó violento en medio de la noche,
se irguió de pronto en medio de la llanura sola...
una sombra a su lado deslizóse en la hierba,
quiso alcanzarla, y, leve, se le escapó la sombra.

Y la siguió frenético bajo la noche muda,
de su carrera loca fue testigo la aurora;
y la mañana fúlgida y la tarde miraron
una sombra que huía, seguida de otra sombra.

Y el cansancio no pudo seguirlo en su carrera
ciega y desatentada al través de las horas...
Contemplaron los días, los años y lo siglos
el vuelo de una sombra seguida de otra sombra!

Con un salto de fiera,
cayó el hombre, convulso de ansia, sobre la sombra
que a través de los siglos se le escapara siempre...
—Al fin! —rugió su triunfo, y en su avidez atónita
la nada halló... y fue entonces cuando se dio cuenta
de que corría tras su propia sombra!

1920

Todos iban

A Augusto Mijares

Todos iban desorientados:
perseguían un objeto próximo;
unos iban a su trabajo,
otros al trabajo de otros...

Los ojos errantes y vagos,
hacia la mancha de los pinos
cruzó indolente un enlutado...

—A dónde vas?

—No sé —me dijo.

Todos iban desorientados,
y el enlutado hacia sí mismo!

1919

Claro recuerdo

En las horas de indiferencia,
y en los días de desencanto,
y en los siglos de tortura,
y en los minutos de dicha radiante,
y siempre —si soy malo y si soy bueno—,
claro recuerdo, acompáñame!

En el instante banal,
cuando me alejo de mí mismo
y cuando me alejo de mí
en el torvo instante,
tú que eres lo único mío,
claro recuerdo, acompáñame!

Cuando me sienta indiferente
y comercie como los otros,
y sea un hombre que va por la calle
—autómata de amables saludos—
casi feliz, sin ideales,
sé bueno como un buen amigo,
claro recuerdo y acompáñame!

Y cuando viva ese momento
que tenemos todos y que hace
decir a los otros:

Caramba!,
qué simpático compañero...
porque reímos sin motivo
y hacemos unas cuantas frases,
recobra mi alma que es tuya,
claro recuerdo y acompáñame!

Y cuando inmensamente lllore
y se vaya anchando en la almohada
la fría mancha indiferente;
y cuando vuelva el rostro
para llorar con todos mis músculos
sin que asome una lágrima,
yo sé que no me dejarás solo,
claro recuerdo que me salvas!

Cuando me sienta duro
y no exista sino mi dolor de egoísmo,
y el rapazuelo y el desdichado
sufran la agresión de mi orgullo;
cuando camine satisfecho
y autoanalice mi energía
que pliega más y más mis labios
—hostilidad un poco ingenua—
cuando me diga: —Triunfaré,
convencido, y en ese instante
no piense ni en amor ni en quimeras,
claro recuerdo, sálvame!

Y cuando me sienta débil
y busque justificaciones,
y envidie al vecino apacible
porque el ideal pesa mucho;
ah!, cuando me sienta rodeado
de imprecisables agresiones,
y en vez del anhelo de lucha
el renunciamiento del miedo
me torture el alma cobarde,
el alma trémula y pequeña,
claro recuerdo, sálvame!

Dame la fe sin contagio de premio,
dame piedad para el pobre vencido,
dame arrogancia contra el poderoso,
dame un anhelo de amor infinito,
claro recuerdo que llevo aquí dentro
y eres un poco el único amigo,
y eres toda la novia y eres toda la madre
—lo mejor de mi alma!—
claro recuerdo, sálvame!

Yo

Yo

Heme aquí: tal vez loco por momentos, o acaso pueril, que en mi concepto muy alta es la locura; infantil con el alba y anciano en amargura ante la pompa efímera e inmortal del ocaso!

Juventud, desengaños, vanidad, pesimismo; complejo y simple, como el agua multiforme... Mas, siempre dentro al alma un ideal enorme que es mío y sin embargo más grande que yo mismo! —Es un muchacho —dicen. —Nada turba su calma ¿Los dolores?... de oídas los conoce... —Mentira!

Toda mi psiquis vibra con emoción de lira: hoy que tengo más vida siento más grande el alma!

Voy bebiendo paisajes en la copa del cielo... Aunque la vida es corta, ningún esfuerzo omito, y tal vez —¡oh futuro!— realizaré mi anhelo, que en un gesto bien puede plasmarse el infinito!

1917

Testimonios

Epílogo

Andar a ciegas, en una desesperante noche, tendidas las manos adelante en el loco anhelo de asir algo sólido que guíe nuestros pasos; vacilar, condensar el miedo: y, debido a un movimiento descuidado sentir cómo nuestro pie se hunde en el vacío; trémulo de angustia, con un esfuerzo terrible, sostener el equilibrio y desasirse del abismo, y continuar luego con el reflejo impresionante de la espantosa experiencia que hace más cauto nuestro paso y más pálida la frente...

Algo semejante a lo que se sufre cuando, en el vaivén de la vida, nos sorprende una noticia como la de la muerte de Luis Enrique Mármol. Lleva consigo un soplo helado que roza nuestros ojos. Un instante nos conturba, nos amedrenta con la evocación de algo más fuerte y más hondo que la existencia misma y, un momento después, ya está atrás, en el vago pretérito, sin que las lágrimas renuentes hayan tenido tiempo de cristalizar.

Me imagino a Luis Enrique cayendo en plena avenida cuando iba seguramente tras de un proyecto fantástico y hermoso. Aún tenía cándidos los ojos en su cabeza atormentada. Aunque era mayor, a menudo me veía obligado a sonreír de sus puerilidades, de su bella inconsciencia lírica. Más que todo fue un amigo eternamente generoso. Bajo ningún aspecto me lo represento

mejor que como el compañero demasiado entusiasta que aprueba demasiado pronto y engaña y se deja engañar con su cálido optimismo. Si hay alguno que mereciera el precepto de los limpios de envidia y de incomprensión, ése fue él.

No tuvo ni la fortuna casi producto de la ignorante desfachatez, ni el sentido práctico, casi consecuencia de la ruindad. Amó como alucinado las cosas espléndidas: el triunfo, el heroísmo y la belleza. No tuvo tiempo de desilusionarse. Fue puro y melancólico como una idea que no cuajó. Ya que los ojos no lloran, haga el alma silencio a su memoria.

ANTONIO ARRÁIZ

Textos escritos en septiembre de 1925
a raíz de la muerte del poeta
Luis Enrique Mármol

Nuestro querido hermano Luis Enrique Mármol, gran poeta, nobilísimo corazón, muerto inesperadamente el viernes 17 de septiembre, nos ha dejado a sus camaradas de juventud, ensueños y ambiciones, un tesoro. Nos queda del gallardo compañero malogrado lo mejor de su vida: un libro de poesía. Un gran libro, troquelado, sin impacencias, definitivo... *La locura del otro*, volumen en cuya selección rigurosa puso Luis Enrique su enorme talento y todo su afán de belleza.

RAÚL CARRASQUEL Y VALVERDE
1926 , septiembre

Yo creo que entre los primeros poetas contemporáneos está él, Luis Enrique Mármol, y si su obra no es abundante es selectísima; en toda la literatura venezolana habrá páginas comparables pero no superiores a «El extranjero», «Claro recuerdo», «Todos iban», auténticas joyas de antología que pueden figurar sin deslucirse al lado de cuantas óptimas poesías se han escrito en castellano.

PERÁN ERMINY LUIGI

Vació en gloriosos moldes la pura esencia de su alma, animó con el soplo de su impulso creador mil perfectos poemas; y una mañana cualquiera, en una legendaria tierra de belleza y de amor, cerró los ojos.

MARCO AURELIO RODRÍGUEZ

El poeta Fernando Paz Castillo en la estrofa final de un poema a Luis Enrique Mármol escribe:

Deja un libro de versos que es la flor de su espíritu
¡no se pudo morir sin dejar algo bello!

Y así fue el epitafio:

el más sencillo del compañero para el compañero,
dicho en voz baja, como una plegaria,
casi como un secreto,
el elogio más justo que se le pudo hacer:
¡Luis Enrique Mármol se nos murió por bueno!

FERNANDO PAZ CASTILLO

El 29 de septiembre de 1926, Ramón Díaz Sánchez le escribe a Raúl Carrasquel y Valverde:

En el último número de *Élite*, tuve el placer de leer su magnífico artículo sobre Luis Enrique Mármol, el

gran poeta muerto cuando su juventud fuerte y optimista nos ofrecía una obra de excepción en pensamiento y forma.

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Luis Enrique Mármol sintió su vida estremecida por todas las inquietudes de su tiempo y fue uno de los más preclaros intérpretes de tales inquietudes. Inconforme, desorientado generosamente con esa desorientación que clava los ojos en la estrella infalible, se da en una poesía elevada en la cual el sentimiento raya a una altura que sólo pueden alcanzar los excelentes.

PEDRO SOTILLO

No hace muchos días Luis Enrique Mármol vino a Caracas. Fue como una visita de despedida a la tierra natal que él amaba entrañablemente. Traía como siempre proyectos hermosos, versos dignos, nobles entusiasmos y he aquí que ya ha entrado en la llanura pálida y melancólica donde se revela a los elegidos el gran secreto. Su muerte ha sido digna de él como la de un soldado en el combate. Y él, lo era a su manera. Soldado del derecho, no de ese derecho curialesco y rutinario, sino del que quiere luchar por la humanidad y se inspira en la Justicia. Serenidad, elevación, belleza fuéronle musas propicias. Había en sus versos una gracia transparente, pura expresión de su claro espíritu.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ
18 de septiembre de 1926

El poeta Alfredo Arvelo Larriva en un poema que tituló «La locura del otro», le dice a Luis Enrique Mármol el propicio 17 de septiembre de 1926:

La locura del otro se llamaba
tu libro inédito.
La locura del otro ha de seguir llamándose
tu libro huérfano.

Y tu muerte, poeta, significa
la locura del otro...
Para hundir en la nada tu juvenil nobleza
el destino se ha vuelto loco.

ALFREDO ARVELO LARRIVA

Cronología

1897 Nace el poeta Luis Enrique Mármol el 21 de agosto en Caracas, parroquia Santa Rosalía.

Sus padres: el poeta Luis Mármol y doña Rosa Amelia Infante de Mármol.

Estudios primarios en Caracas en el colegio de los padres franceses.

Secundarios, como era entonces lo habitual, en la Universidad Central.

1912 Se gradúa de bachiller en Filosofía en la plena juventud de sus quince años.

1914-15 Escribe y publica sus primeros versos. En 1914 muere su padre.

En sus mejores veinte años se gradúa de abogado en la Universidad Central de Venezuela. El jurado calificador estuvo integrado por Nicomedes Zuloaga, Carlos Grisanti y José Antonio Ramos Sucre.

Su tesis de grado: «El aporte tercero del artículo sexto del Código Penal».

Ejerce en Valencia su profesión de abogado.

1924 Publica algunos de sus célebres «Pastiches criollos a la manera de».

1926 Muere el poeta Luis Enrique Mármol en Valencia el 17 de septiembre, cuando menos se esperaba. Antes, unos meses antes, en febrero de ese mismo año de su muerte, había sufrido un grave accidente automovilístico, pero se había recuperado y, días antes de morir, había estado en Caracas y entregado colaboraciones suyas en la revista *Élite* de la cual era, fue siempre, asiduo colaborador.

1946 Sus restos fueron traídos, veinte años después de su muerte, desde Valencia a su ciudad natal y sepultados en el panteón familiar en el Cementerio General del Sur el 21 de septiembre de 1946. Ese mismo año muere su madre; le había sobrevivido veinte años. Su cuerpo estaba intacto, incorrupto, como si hubiese muerto ese 21 de septiembre de 1946.

Sus compañeros de generación, amigos, poetas, escritores, periodistas, etcétera, testimoniaron en conmovedoras palabras lo que significaba esa muerte para las letras y para la poesía venezolana.

REYNA RIVAS

octubre de 2006

Esta edición de *La locura del otro* llevada a cabo por Monte Ávila Editores Latinoamericana, encierra la más alta de las razones: la de honrar, honrar no sólo la memoria del poeta Mármol, sino la razón poética, la autenticidad de un venezolano integral, cultor de la palabra pura en poesía pura.

REYNA RIVAS

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	VII
REYNA RIVAS	
Dedicatoria	3
AQUEL OTRO...	
Aquel otro	7
MIS EMOCIONES	
Siempre solo	11
Palimpsesto	12
Paseo	15
Es el siglo	18
Canto absurdo	20
La belleza	24
Viejo rosal	26
Paisajes	27
Hoy tengo un ansia...	30
El visitante	31
Iluso ayer	32
Canto de exaltación	33
¡Ah, qué poco me queda!	38
La canción de la nada	40
Canto del desencanto	42
Fatum	44

La canción del desilusionado	45
Canto de ingenuidad	47
Canto al fuego	50
La canción del vacilante	56

MIS AMORES

A la que ha de venir	61
La canción rendida	62
Yo cerraba los ojos	64
Una mujer me llena de luz	65
Elegía pagana	67
La amaba	69
Soneto futuro	71
Qué dulzura	72
Incoherencias	73
A la lumbre inefable	76
Aquel amor	78
Del recordar lejano	79
Ayer	81
Mi estrella de Belén	82
Media noche	83
Yo siempre he poseído un dulce amor	84
Una noche	86
Motivos triviales	88
La dama de corazón	89
Envío	91
Sin ti...	93
El poeta ha leído versos a la Amada	94

PAUSAS

Carta a Rosario Blanco Meaño	99
Menguada ofrenda	102
A María Luisa Rotundo	103

En el álbum de María Luisa Blanco Meaño	104
En el álbum de Carmen Cecilia Caballero	105
Iraida Regina Blanco	107

MIS MOTIVOS

Los héroes de mis poemas	111
Profesión de fe	114
Peregrinación	115
El extranjero	117
El silencio	119
La campana	121
La selva	123
El surtidor	125
El héroe	127
Los mendigos	129
El nuevo evangelio	131
Tendióse a dormir	134
Todos iban	136
Claro recuerdo	137

YO

Yo	143
----	-----

TESTIMONIOS

Epílogo	147
---------	-----

Textos escritos en septiembre de 1926 a raíz de la muerte del poeta Luis Enrique Mármol	149
--	-----

Cronología	153
------------	-----

Este libro se terminó de imprimir
en julio de 2007,
en los talleres de GRÁFICAS LAUKI
situados en calle Santa Clara,
edificio Tulipán, piso 1, Boleíta Norte,
Caracas, Venezuela.
Son 1.500 ejemplares
impresos en papel Tancreamy 60 grs.